

EL LIBRO DE LECTURA DEL

BICENTENARIO

***** PRIMARIA I *****

EL LIBRO
DE LA LECTURA
DEL BICENTENARIO

★ PRIMARIA I



NACIÓN 1810 PARTICIPACIÓN
COLABORACIÓN REVOLUCIÓN COMPARTIR
CULTURA OÍD MORTALES
LIBERTAD
ILUSIÓN RESPETO DERECHOS HUMANOS
ESCUELA PÚBLICA SUJETOS LIBROS
MEMORIAS SUEÑOS IGUALDAD
NOS, LOS REPRESENTANTES DEL PUEBLO
PUEBLO BICENTENARIO
DEMOCRACIA INDEPENDENCIA SALUD
PLURALIDAD TOLERANCIA
EDUCACIÓN UNIÓN JUSTICIA
LECTURA SOBERANÍA IDENTIDAD UTOPIA
CONSTRUCCIÓN ALFABETIZACIÓN DIVERSIDAD
SOLIDARIDAD ACCIÓN CONVIVENCIA
2010 REPÚBLICA

Presidenta de la Nación

Dra. Cristina Fernández de Kirchner

Jefe de Gabinete de Ministros

Dr. Aníbal Fernández

Ministro de Educación

Prof. Alberto Sileoni

Secretaria de Educación

Prof. María Inés Abrile de Vollmer

Secretario del Consejo Federal de Educación

Prof. Domingo de Cara

Jefe de Asesores de Gabinete

Lic. Jaime Perczyk

Subsecretaria de Equidad y Calidad Educativa

Lic. Mara Brawer

Directora Nacional de Gestión Educativa

Prof. Marisa Díaz

Directora de Educación Primaria

Prof. Silvia Storino



Directora del Plan Nacional de Lectura

Margarita Eggers Lan

EL LIBRO DE LECTURA DEL
BICENTENARIO
***** PRIMARIA I *****

EL LIBRO DE LECTURA DEL BICENTENARIO





Estos cuentos y poemas fueron elegidos por los escritores
María Rosa Lojo, Guillermo Martínez, Perla Suez, Angélica Gorodischer,
Pablo De Santis, Ana María Shua, Graciela Bialek y Margarita Eggers Lan
con la coordinación de Mempo Giardinelli.

PALABRAS DE LA PRESIDENTA

Hubo una generación, la nuestra, que en su infancia y adolescencia tuvo como marca distintiva, la compañía de un libro. Lo atesorábamos, lo llevábamos a la cama, lo releíamos una y otra vez si nos había gustado mucho.

Tal vez porque nada es inocente, muchos libros –y la lectura misma– se fueron perdiendo en las enormes piras incendiarias que de la palabra y de las ideas llevó adelante, implacable, la dictadura. No es casual entonces que, en nuestro país de hoy con su democracia recuperada y consolidada, estas antologías para niñas, niños y jóvenes lleguen en la forma de un libro de lectura, en el año del Bicentenario de la Revolución de Mayo. Por sus páginas desfilan grandes escritores argentinos de los últimos tiempos, que también van contando su historia.

La lectura es una herramienta de crecimiento y de autonomía, y la literatura es, acaso, el camino más bello para constituirnos en lectoras y lectores. Por eso también podemos ver a través de estas páginas, autores de libros infantiles que fueron prohibidos; y nos reencontramos con Haroldo Conti y Rodolfo Walsh, que emergen venciendo el olvido y el destierro de la memoria a la que quisieron someter a las víctimas del terrorismo de estado. Siguiendo este itinerario por las mejores expresiones de las letras nacionales, allí también aparecen –como no podía ser de otra forma– Borges y Cortázar y, con ellos, sus obras que perduran a través del tiempo.

Pensamos que la buena literatura es la que nos abre interrogantes y, al hacerlo sugiere –sin necesidad siquiera de escribirlas– muchas respuestas sobre la vida y el mundo a través de los siglos. No todas, porque tal vez las respuestas más importantes no se logran en términos individuales, sino que se construyen colectivamente.

La verdadera igualdad de oportunidades está en asegurar el acceso universal a los bienes materiales y culturales. A todos ellos por igual. Y la palabra es un bien cultural cuya riqueza debe ser distribuida con equidad, para que estas generaciones y las futuras puedan ser más libres y contribuyan en la tarea de construir un país mejor.

Esperamos que todos nuestros alumnos –que asisten al espacio más democrático entre todos aquellos que una sociedad puede dar, que es la

escuela— disfruten de estas antologías, de las lecturas de escritores y escritoras que han dejado en sus letras un tramo de historia que invitamos a recorrer.

Queremos seguir poniendo en circulación las palabras y las ideas, asegurando el derecho a la lectura como una riqueza de pleno sentido, que nos consolide como la Nación que soñamos ser en este Bicentenario de la Patria y nos proyecte al nuevo siglo armados del saber y la belleza que los libros nos acercan.

Con tales armas los pueblos suelen conquistar sueños imposibles, alcanzar los logros más perdurables y descubrir que las utopías nos siguen rozando la piel.

Dra. Cristina Fernández de Kirchner
Presidenta de la Nación

PALABRAS DEL MINISTRO

A través de la colección que aquí presentamos, venimos a ofrecer un espacio de lectura a los estudiantes de nuestro país. Lo hacemos en el año en que celebramos el Bicentenario de la Patria y, al hacerlo en estas circunstancias, nos comprometemos en un reconocimiento muy especial. Este reconocimiento busca develar una verdad que muchas veces se omite: la Argentina de hoy ha sido construida en el tiempo, por próceres y por multitudes anónimas; pero esa Patria entrañable, que reconocemos como nuestro hogar común, sería un escenario gris y sin alma si no la hubieran escrito sus grandes cuentistas, ensayistas y poetas.

El Ministerio de Educación cumple, con esta y otras acciones, la obligación que le fija la Ley N° 26.206 de Educación Nacional –sancionada en el año 2007–, que es la de fortalecer la centralidad de la lectura como condición indispensable para la formación, a lo largo de toda la vida, de ciudadanos pensantes y comprometidos para una nueva sociedad. Esa norma también especifica acerca de dotaciones para bibliotecas y la implementación de planes y programas permanentes de promoción del libro y la lectura, acciones todas que venimos llevando adelante, sin pausa, a lo largo de todo el país.

Esta colección “El libro de lectura del Bicentenario” viene a dar cuenta de este trabajo. Está pensada para la conformación de una biblioteca personal de estudiantes de escuelas secundarias y como dotación de bibliotecas de aulas, para los niveles inicial y primario de todas las modalidades de enseñanza de gestión oficial de nuestro país. Es nuestra forma de celebrar la Patria: poner en manos de los jóvenes argentinos los textos literarios de nuestros autores, nuestras voces; palabras que vienen de los distintos puntos de nuestra Nación para los diversos estilos culturales de nuevas lectoras y nuevos lectores. Queremos para ellos una fiesta con libros, textos, relatos, literatura, arte... una celebración de la palabra.

Bienvenidos a disfrutar, emocionarse, criticar, reflexionar. Bienvenidos a la lectura.

Ojalá esta fiesta siga su curso, libro tras libro, porque sabemos que una buena lectura siempre lleva a otra y otra más. Y si eso sucede, entonces todos los esfuerzos puestos en cooperación para que este maravilloso encuentro se produzca entre textos y lectores, darán por resultado una cadena de argentinos construyendo y consolidándonos en un pueblo lector no solo de buena literatura, sino de nuevas realidades, nuevas oportunidades... hacedores de los mejores años por venir en nuestra querida Patria.

Prof. Alberto Sileoni

Ministro de Educación de la Nación

PLAN NACIONAL DE LECTURA

• **Directora del Plan Nacional de Lectura**

Margarita Eggers Lan

• **Coordinadoras**

Graciela Bialet

Silvia Contín

Natalia Porta

Ángela Pradelli

Mercedes Pérez Sabbi

Alicia Diéguez

Jéssica Presman

• **Coordinación editorial**

Paula Salvatierra

• **Diseño gráfico**

Juan Salvador de Tullio

Mariana Monteserin

Elizabeth Sánchez

Natalia Volpe

Ramiro Reyes

• **Corrección**

Silvia Pazos

• **Ilustraciones**

Monica Pironio

Ivana Calamita

Ministerio de Educación de la Nación

Secretaría de Educación

Plan Nacional de Lectura 2010

Pizzurno 935 (C1020ACA) Ciudad de Buenos Aires

Tel: (011) 4129-1075/1127 • planlectura@me.gov.ar - www.planlectura.educ.ar

República Argentina, 2010

PRÓLOGO

Por medio de la Campaña Nacional de Lectura primero y ahora del Plan Nacional de Lectura, el Ministerio de Educación de la Nación encargó a nuestra Fundación la preparación de diversas colecciones de libros de lecturas para niños y adolescentes. Así, en 2004 se publicaron cinco libros con el título LEER X LEER. Posteriormente, en 2005, nos encargaron otras siete antologías de textos breves, que se publicaron con el título LEER LA ARGENTINA. Contenían centenares de textos destinados a millones de niñas, niños y jóvenes en edad escolar.

Continuando esa política, que habla de un Estado que intenta recuperar para los estudiantes de todo el país y de todas las edades, algunas de las más ricas tradiciones argentinas (el relato breve; la lectura íntima y serena; el reconocimiento de espacios propios y una visión de la riquísima diversidad de nuestra nación), a fines de 2009 y a partir de una idea que tuvimos con Guillermo Martínez, la encomienda fue realizar estas antologías de la mejor literatura argentina, con motivo del Bicentenario de la Revolución de Mayo de 1810.

El arduo trabajo de selección, análisis, debate y decisión acerca de los contenidos de estos libros fue realizado –entre enero y junio de este año– por un grupo de escritores y escritoras convocado especialmente desde la Fundación que presido, y a quienes tuve el inmenso honor de coordinar. Entre todos realizamos esta tarea ad honórem, como un aporte a la educación argentina, y cabe por ello el más justo reconocimiento a Graciela Bialet, Pablo De Santis, Angélica Gorodischer, María Rosa Lojo, Guillermo Martínez, Ana María Shua y Perla Suez, y muy especialmente a Margarita Eggers Lan, Directora del Plan Nacional de Lectura del Ministerio de Educación, por su estrecha y atentísima participación.

El resultado son estas lecturas destinadas a los tres niveles escolares, distribuidas en cinco libros: INICIAL; PRIMARIA 1; PRIMARIA 2; SECUNDARIA 1 y SECUNDARIA 2.

De entre centenares de autores y textos de nuestra vasta literatura, de todas las provincias y regiones, escogimos estas lecturas que –estamos convencidos– abrirán nuevas posibilidades críticas a los lectores, estimularán su imaginación y les brindarán la libertad que da la lectura como espacio único de inclusión, expansión y placer. Por eso mismo, como no queremos agobiar al estudiante/lector, ni tampoco descargar toda la responsabilidad únicamente en las y los docentes, hemos incluido brevísimas notas orientativas al pie de cada texto. Desde luego que en estos libros no está ni toda, ni la mejor parte de la vasta literatura argentina.

Y es obvio que nuestra elección se vio forzada a soslayar considerables escritoras y escritores, y textos preciosos. En gran medida, ello se debió a limitaciones de espacio impuestas por el hecho de que quisimos incluir la literatura de todos los confines de nuestra geografía. Por eso, si los textos seleccionados son solo una parte de lo mucho y muy bueno que se escribe en nuestro país, al menos se trata de una parte bien representativa de estéticas, estilos, generaciones y formas. Nosotros pensamos que leyendo estos libros, los niños y jóvenes en edad escolar –desde los 3 y hasta los 18 años, o más– conocerán, disfrutarán y sentirán que son parte de una rica tradición cultural.

No hay otro camino hacia el conocimiento que la lectura. No hay desarrollo de un pueblo lector, si ese pueblo no lee. Y esa es la preocupación que guió nuestro trabajo: procurar que estos textos sirvan –desde lo mejor de la literatura de nuestro país, y en particular de los últimos decenios, la mayoría de cuyos autores y autoras están vivos y escribiendo– para construir un buen lector, el tipo de lector competente que la Argentina necesita. Buscamos estimular –en los jóvenes lectores a quienes se dirigen estos libros– esa condición renovadora y casi subversiva que deviene de leer buena literatura, como vía pareja del conocimiento y la imaginación.

Sabemos que este es un concepto de lectura no tradicional y que incluso puede ir a contramano de algunas modas pedagógicas. Sin embargo, no hemos organizado estos libros buscando confrontación alguna, sino más bien pensando en el desarrollo de una nueva Pedagogía de la Lectura entendida como la formación maciza y sostenida de lectores competentes, o sea personas libres, entusiastas, capaces de discutir internamente con los textos y de abrir nuevos caminos al pensamiento y a las ideas en su propio espíritu y en silencio. Es así como se forma el carácter que luego brinda a la sociedad nuevas y mejores personas y propuestas.

Si la lectura de textos de calidad es –como pensamos– una saludable práctica de reflexión, ponderación, equilibrio, medida, sentido común y desarrollo de la sensatez; si también es un ejercicio mental excepcional y un entrenamiento de la inteligencia y los sentidos; y si todo ello constituye un acto placentero, vital y enriquecedor; entonces podemos esperar que las lectoras y los lectores que se sumerjan en estas páginas encontrarán todo eso. Así se contribuye –pensamos– a construir mejores personas y mejores ciudadanos de la Democracia.

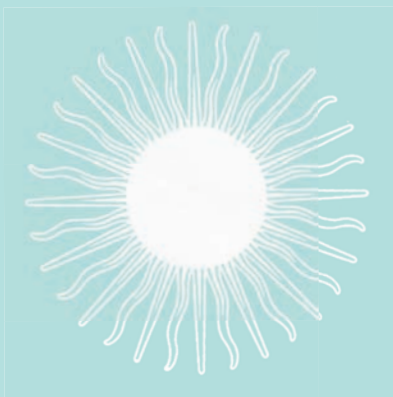
Mempo Giardinelli

Resistencia, Chaco, julio de 2010

LA PLANTA DE BARTOLO

The title 'LA PLANTA DE BARTOLO' is rendered in a bold, orange, sans-serif font. The letter 'A' in 'LA' is stylized with white and orange diagonal stripes. The letter 'B' in 'BARTOLO' is also stylized with horizontal black and orange stripes. The letter 'O' at the end is a large, brown, oval shape filled with white circles, each containing a black dot, resembling a cookie. Several small white flowers and black stars are scattered around the 'O'.

★ LAURA DEVETACH



LAURA DEVETACH

Nació el 5 de octubre de 1936 en Reconquista, Santa Fe. Es escritora e investigadora. Fue codirectora de colecciones de libros para niñas y niños. Es autora de teatro infantil, libretos televisivos, literatura para adultos, canciones. Realizó colaboraciones en radio, televisión y periodismo gráfico. Recibió numerosos reconocimientos, tales como: Premio Casa de las Américas, Premio Fondo Nacional de las Artes, Premio Octogonal de Francia, Destacados de Alija 2004. Su libro *La torre de cubos* sufrió la censura de la dictadura militar: dice la resolución N° 480 del Ministerio de Cultura y Educación de Córdoba que

prohibía la obra, entre otros argumentos, porque critica “la organización del trabajo, la propiedad privada y el principio de autoridad” (citado en *Un golpe a los libros*, de Hernán Invernizzi y Judith Gociol). Los cuentos de Devetach hablaban de la vida cotidiana –los padres que trabajan, las familias a las que no les alcanza la plata– en una época en que la literatura infantil recién comenzaba a consolidarse. Entre sus obras figuran: *Monigote en la arena*, *Historia de una ratita*, *Picaflores de cola roja*, *El ratón que quería comerse la luna*, *El paseo de los viejitos*, *Un cuento ¡Puajj!*.

El buen Bartolo sembró un día un hermoso cuaderno en un macetón. Lo regó, lo puso al calor del sol, y cuando menos lo esperaba, ¡trácate!, brotó una planta tiernita con hojas de todos colores.

Pronto la plantita comenzó a dar cuadernos. Eran cuadernos hermosísimos, como esos que les gustan a los chicos. De tapas duras con muchas hojas muy blancas que invitaban a hacer sumas y restas y dibujitos.

Bartolo palmoteó siete veces de contento y dijo:

—Ahora, ¡todos los chicos tendrán cuadernos!



¡Pobrecitos los chicos del pueblo! Estaban tan caros los cuadernos que las mamás, en lugar de alegrarse porque escribían mucho y los iban terminando, se enojaban y les decían:

—¡Ya terminaste otro cuaderno! ¡Con lo que valen!

Y los pobres chicos no sabían qué hacer.

Bartolo salió a la calle y haciendo bocina con sus enormes manos de tierra gritó:

—¡Chicos!, ¡tengo cuadernos, cuadernos lindos para todos! ¡El que quiera cuadernos nuevos que venga a ver mi planta de cuadernos!




Una bandada de parloteos y murmullos llenó inmediatamente la casita del buen Bartolo y todos los chicos salieron brincando con un cuaderno nuevo debajo del brazo.

Y así pasó que cada vez que acababan uno, Bartolo les daba otro y ellos escribían y aprendían con muchísimo gusto.

Pero, una piedra muy dura vino a caer en medio de la felicidad de Bartolo y los chicos. El Vendedor de Cuadernos se enojó como no sé qué.



A stylized, colorful illustration of a man in a hat and a building with a large letter 'B'. The man is in the foreground, wearing a grey hat and a red shirt, looking to the right. Behind him is a building with a blue facade, a yellow archway, and a large white letter 'B' on a blue background. The building has a tall, thin chimney on the left. The overall style is graphic and modern.

Un día, fumando su largo cigarro, fue caminando pesadamente hasta la casa de Bartolo. Golpeó la puerta con sus manos llenas de anillos de oro: ¡Toco toc! ¡Toco Toc!

–Bartolo –le dijo con falsa sonrisa atabacada–, vengo a comprarte tu planta de hacer cuadernos. Te daré por ella un tren lleno de chocolate y un millón de pelotitas de colores.

–No –dijo Bartolo mientras comía un rico pedacito de pan.

–¿No? Te daré entonces una bicicleta de oro y doscientos arbolitos de navidad.

–No.

–Un circo con seis payasos, una plaza llena de hamacas y toboganes.

–No.

–Una ciudad llena de caramelos con la luna de naranja.

–No.

–¿Qué quieres entonces por tu planta de cuadernos?

–Nada. No la vendo.

–¿Por qué sos así conmigo?

–Porque los cuadernos no son para vender sino para que los chicos trabajen tranquilos.

–Te nombraré Gran Vendedor de Lápices y serás tan rico como yo.

–No.

–Pues entonces –rugió con su gran boca negra de horno–, ¡te quitaré la planta de cuadernos! –y se fue echando humo como la locomotora.

Al rato volvió con los soldaditos azules de la policía.



—¡Sáquenle la planta de cuadernos! —ordenó.

Los soldaditos azules iban a obedecerle cuando llegaron todos los chicos silbando y gritando, y también llegaron los pajaritos y los conejitos.

Todos rodearon con grandes risas al Vendedor de cuadernos y cantaron “arroz con leche”, mientras los pajaritos y los conejitos le desprendían los tiradores y le sacaban los pantalones.

Tanto y tanto se rieron los chicos al ver al Vendedor con sus calzoncillos colorados, gritando como un loco, que tuvieron que sentarse a descansar.

—¡Buen negocio en otra parte! —gritó Bartolo secándose los ojos, mientras el Vendedor, tan colorado como sus calzoncillos, se iba a la carrera hacia el lugar solitario donde los vientos van a dormir cuando no trabajan.

© 1966, Laura Devetach.

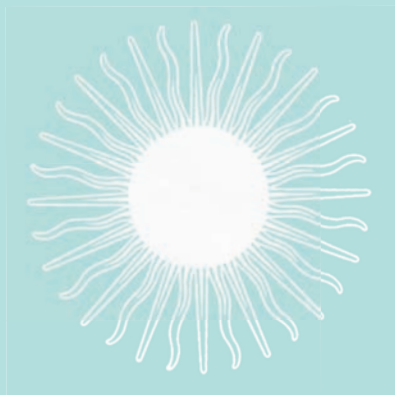
© 2011, Alfaguara.



Pímpat



colestino



BEATRIZ FERRO

Nació en Buenos Aires. Es ilustradora y autora de libros de cuentos, teatro y poesía. Entre sus premios se destaca el Pregonero de Honor otorgado en 2001 por Fundación El Libro.

Es autora de varias colecciones de libros, y algunas que acompañaron la edición del diario *Página 12*: *Historias fantásticas de América y el mundo*; ¡Arriba el telón!; otros libros suyos: *Dramático caso de las Señoras Iguales*, *Aventuras de Lápiz y Papel*, *Cuentos chinos de fantasmas*. Sus libros han sido traducidos al inglés, holandés, italiano y catalán.

Un día Miguel tuvo que hacer algo muy importante. El dueño de la papelería le pidió, nada más ni nada menos, que llevara un rollo de papel a la casa de su cliente el dibujante.

–Mucha atención, a no estropearlo, tené cuidado
–réquete recomendó el señor papelero.

Miguel contestó sisisí se fue con el rollo.

El día era tan lindo que las calles del barrio parecían caminitos de plaza. Miguel caminó al compás de pim



pam, pim pam, dando suaves golpecitos con el rollo en el suelo. Hasta que, pímpate, el rollo se convirtió en un bastón bailarín.

Pímpate pam, pímpate pam, Miguel y su bastón llegaron a la esquina.

En la avenida había un lío de coches que protestaban con bocinas de trueno y clarinete. Entonces pímpate, el bastón se transformó en una batuta de director de orquesta y Miguel dirigió el gran concierto de bocinazos.

Cuando por fin cruzó la avenida, pímpate, la batuta se volvió remo. Entonces el asfalto se volvió río y Miguel lo cruzó remando en canoa.

Desembarcó en la vereda de enfrente y caminó por el cordón pasito a paso con mu-chi-si-mo-cui-da-do,

como un equilibrista que avanza por la cuerda floja. Y pímpate, el remo se convirtió en la varilla del equilibrista más grande del mundo.

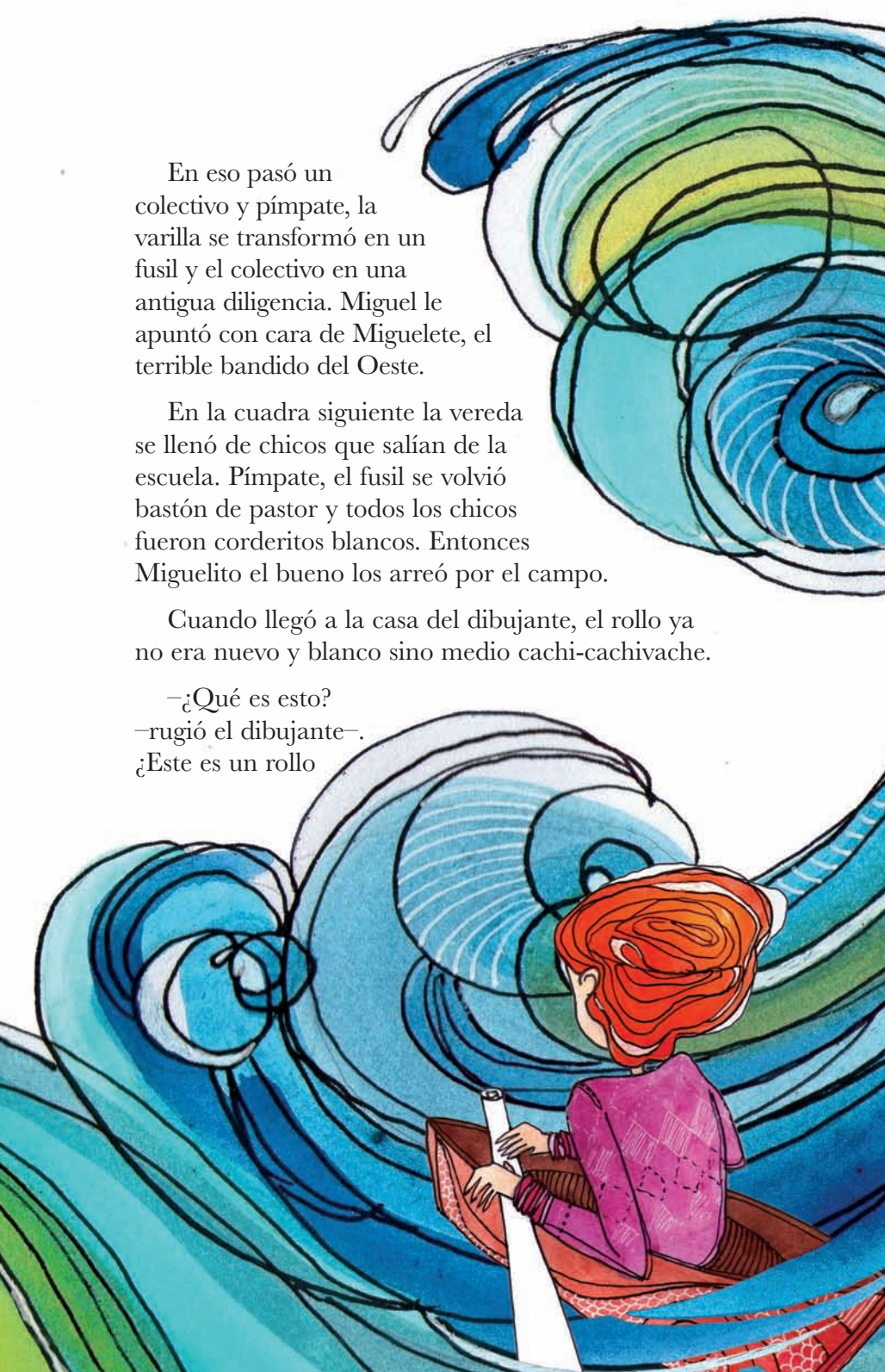


En eso pasó un colectivo y pímpate, la varilla se transformó en un fusil y el colectivo en una antigua diligencia. Miguel le apuntó con cara de Miguelete, el terrible bandido del Oeste.

En la cuadra siguiente la vereda se llenó de chicos que salían de la escuela. Pímpate, el fusil se volvió bastón de pastor y todos los chicos fueron corderitos blancos. Entonces Miguelito el bueno los arreó por el campo.

Cuando llegó a la casa del dibujante, el rollo ya no era nuevo y blanco sino medio cachi-cachivache.

—¿Qué es esto?
—rugió el dibujante—.
¿Este es un rollo





de papel hermoso y limpio? ¡Habrás venido jugando!

Miguel quiso explicarle que es muy difícil caminar con un rollo que a cada rato, pímpate pímpate, te da tantas ganas de jugar.

Pero el dibujante no le dio tiempo porque lo agarró de un brazo, tomó el rollo de papel y fue derecho a la papelería, a quejarse, a protestar.

Con el rollo al hombro, caminó al compás de “¡Qué barbaridad! ¡Qué barbaridad!”. Entonces pímpate, el rollo volvió a convertirse en un fusil y el dibujante fue un soldado que marchaba un dos un dos.

El árbol de la vereda lo invitó a que le diera unos golpecitos en el tronco. Y claro, pímpate, el fusil se transformó en un hacha





y el dibujante en el leñador más forzado de todo el Canadá.

Más adelante saltaron un charquito.

Pímpate. El hacha se volvió garrocha y el señor fue un campeón de salto muy aplaudido.

Faltaba poco para llegar a la papelería y Miguel caminaba al compás de “me van a retar, me van a retar, me van a retar”.

Cuando iban a cruzar la avenida, otra vez pómpace, el asfalto se convirtió en ancho mar, la garrocha en un catalejo y el dibujante en pirata Barbarroja.

—¡Atención mis hombres!—gritó mirando por el catalejo y señalando un camión— ¡Se acerca un ballenero a babor!

Entonces de repente se miraron con Miguel y tuvieron un ataque de risa.





Los dos pensaban lo mismo:

“¿Viste qué difícil es caminar con un rollo de papel que, pímpate pámpete, te da tantas ganas de jugar?”.

Y llegaron a la papelería. Pero el dibujante, en vez de protestar, se compró otro papel.

El rollo se lo regaló a Miguel. ¿Para qué?

—Ya sé, esta noche se me vuelve telescopio y espío las lechuzas de la Luna.

Pímpate.



A Celestino nunca lo dejaban tranquilo.

A las ocho de la mañana, Gatamamá le lavaba la cara y lo mandaba a la escuela.

A las ocho y media...

–Un dos tres ... ¡salto! –ordenaba Gato Maestro.

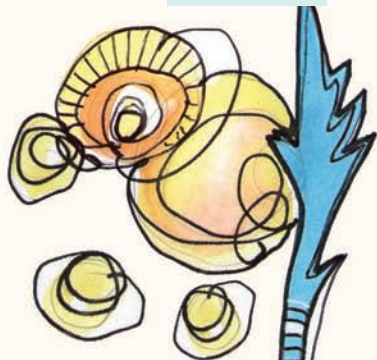
Entonces todos los gatitos escolares daban un brinco y se encaramaban sobre el muro.

Uno tras otro desfilaban por esas alturas al trotcito y sin marearse.

–Muy bien todos, menos Celestino –decía siempre Gato Maestro.

Porque Celestino agachaba las orejas, se ponía bizco de miedo y maullaba para que lo bajaran enseguidita por favor.

Cuando volvía a su casa y se sentaba a tomar la sopa... tampoco podía estar tranquilo. Desde la pared lo miraba fijo la fotografía de su abuelo, un gato alpinista capaz de caminar por la baranda de la azotea.



A la izquierda estaba el retrato de su bisabuelo, el que rara vez había pisado el suelo, gran explorador de los techos del barrio.

Y a la derecha, el cuadro al óleo del tatarabuelo; un gato inglés que había ganado fortunas cazando ratones en el palacio del rey.

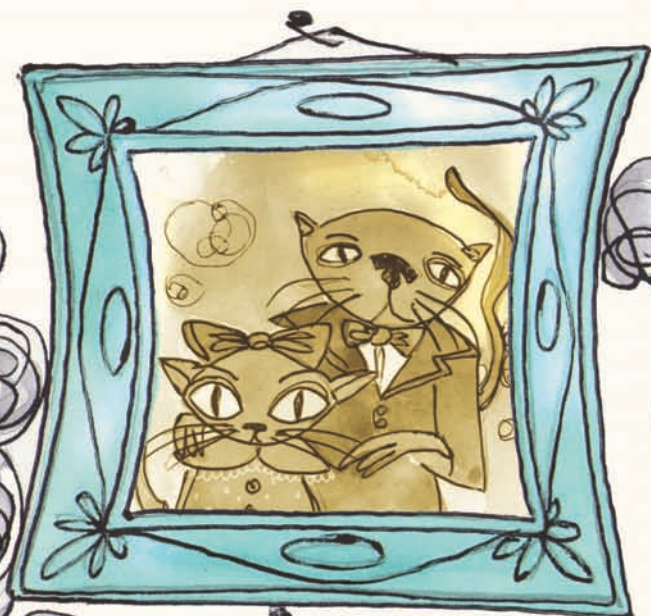
Celestino miraba de reojo al tatarabuelo y se le hacían un nudo los fideos de la sopa, pensando en los pobres ratoncitos.



Porque para él había algo muchísimo peor que andar por las alturas, y era cazar ratones.

Un día, Gatopapá le preguntó qué regalo quería si pasaba de grado.

—Un ratoncito —dijo Celestino.

—¿Uno de cuerda para jugar al cazador? —preguntó Gatopapá.





—No, una lauchita blanca para que juegue conmigo.

Gatopapá, Gatamamá y los retratos de la pared lo miraban con grandes ojos de botones.

Entonces Gatopapá habló tan pero tan seriamente que lo trató de usted:

—¡Esta misma tarde, usted viene a cazar conmigo! A ver si se corrige de una buena vez.

Esa tarde los dos fueron al puerto.

Cuando llegaron al muelle, Gatopapá señaló la entrada de una cueva e hizo señas a Celestino para que estuviera alerta.

Esperaron un rato. Por fin alguien se asomó a la puerta de la cueva: un ratón enorme con cara de delincuente.


Gatopapá, por precaución, dio un paso atrás.

¿Y Celestino? Agachó más que nunca las orejas, achicó los bigotes, arrastró la panza y, una patita tras otra, tras tras tras, fue tomando velocidad hasta salir corriendo como flecha.

—¿Adónde vas, Celestino? —gritó Gatopapá. ¡No me digas que tenés miedo!

El gatito siguió corriendo.





Trepó por una escalera. Corrió por un pasillo. Por otra escalera. Por otro pasillo. Hasta que de repente se topó con un marinero.

—¡Un gato celeste! —dijo el marinero—. Gato a bordo, buena suerte.

¡Con el apurón, se había metido en un barco!

El marinero lo convidó con un platito de leche tibia y preguntó:

—¿Querés venir a dar una vuelta en barco hasta Norteamérica?

Celestino bajó del barco sólo para hacer la valija y despedirse de Gatamamá y Gatopapá. Repartió besitos chuik chuik chuik, y salió tan rápido como había entrado.

Con la primera carta mandó también su foto con gorrito y moño. Gatamamá la miró con ojitos sonrientes; Gatopapá ronroneó de gusto. Después la colgaron junto a los famosos retratos de la familia y se sintieron muy orgullosos de su hijo Celestino, el valiente marinero.

© Beatriz Ferro, "Pimpate".

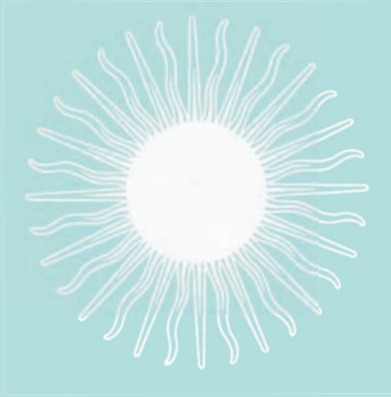
© Beatriz Ferro, "Celestino".



DULCE DE
ABEJA

The title 'DULCE DE ABEJA' is rendered in a bold, stylized font. 'DULCE DE' is in orange with a red underline under 'DULCE'. The 'C' is a circular graphic with black and white stripes. 'ABEJA' is in orange with a red underline under 'ABEJA'. The 'B' and 'E' are filled with a black and white striped pattern. The 'A' is a tall, narrow letter with a white and orange striped pattern. The text is surrounded by small white flowers and black stars.

★ SILVIA SCHUER



SILVIA SCHUJER

Nació el 28 de diciembre de 1956 en Olivos, provincia de Buenos Aires. Cursó el Profesorado de Literatura, Latín y Castellano.

Fue co-directora del suplemento infantil del diario *La Voz*, secretaria de redacción del periódico *Mensajero* y realizó colaboraciones en distintos medios gráficos: diarios *Crónica* y *Popular*, y revistas *Anteojito*, *Cosmok*, *Billiken*, *Humi*, *Cordones Sueltos*, *AZ-10* y *La Nación* de los chicos.

Obtuvo el primer premio "Educación por la Experiencia Práctica" (Premio Fantasía Infantil 2000).

Entre sus obras figuran: *Cuentos y chiventos*, *Las visitas*, *La abuela electrónica*, *Canciones de cuna para dormir cachorros*.

Cecilia era una abeja común. Vivía en un panal que estaba cerca de una granja y su trabajo —como el de sus compañeras— consistía en hacer miel. Pero Cecilia tenía un problema. Era distraída. Cada vez que salía al campo en busca de flores se entretenía con las rayas de una cebra, o se hacía amiga de una mariposa y se iba a jugar por allí.

Apenas se dejaba tiempo para tomar el polen y el néctar de las flores y por eso, cuando volvía al panal, se metía en su celdilla y se quedaba frita.

Un día, la temible abeja reina, la que mandaba en el panal donde Cecilia vivía, reunió a todas sus súbditas y les gritó:

—El panal no es un hotel. Aquí se fabrica miel. Y al que no le gusta, se va.



–Sí, mi reina –dijeron las abejas a coro. Y le rogaron a Cecilia que se fuera.

Triste porque la habían echado, y más triste aún porque al no fabricar miel no la recibirían en ningún otro panal, Cecilia salió de su casa y empezó a volar. Iba de aquí para allá cuando de pronto apareció en la granja y se topó con una vaca a la que estaban ordeñando.

–¿Dónde estoy? –preguntó Cecilia.

–En mi oreja –le respondió la vaca–. ¿Qué se te ofrece?

–Me echaron de casa y no sé dónde ir.

–¿Y por qué te echaron? –preguntó la vaca.

–Porque no fabrico miel –dijo Cecilia y empezó a moquear.



–¿Y qué es la miel? –preguntó la vaca, mientras llenaba unos baldes de leche.

–Un dulce –respondió Cecilia–. Uno que les gusta a los osos y a los humanos.

–Mhhhh –mugió la vaca y tuvo una idea vacuna–. Tomá un poquito de mi leche –le dijo a la abeja– y después volvé a tu panal.

Obedeciendo a la vaca, que por algo era vaca, Cecilia se dio un baño de leche, volvió corriendo a su celdilla y se puso a trabajar. En un periquete notó cómo su habitación se llenaba de dulce y esperó confiada la visita de la reina.

–¡Ajá! –zumbó la abeja reina cuando probó el dulce de leche–. ¡Ajáaaa! repitió con zumbido real. No será jalea o miel pero esto sabe muy bien.





Desde entonces se acabó el problema y
Cecilia fabricó hasta crema.

“Dulce de abeja” de Silvia Schujer, Editorial Guadal.

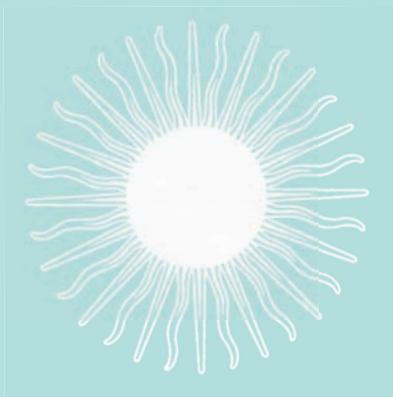
© 2003, *El Gato de hojalata.*



LOS SUEÑOS DEL

Sapo

★ JAVIER VILLAFANE



JAVIER VILFAÑE

Nació el 24 de junio de 1909 en Buenos Aires. Fue poeta, narrador y, desde muy pequeño, títerero. Con su carreta La Andariega viajó por la Argentina y varios países americanos realizando funciones de títeres. En 1967 decidió abandonar el país, a causa de la dictadura, y se radicó en Venezuela, donde fundó un Taller de Títeres para formar artistas de esa disciplina. En 1978, con el auspicio del gobierno venezolano, repitió su experiencia trashumante en Europa; con un teatro ambulante recorrió el camino de Don Quijote a través de La Mancha, en España. En 1984 retornó a la Argentina. Obtuvo numerosos premios y distinciones en el país y en el exterior, entre otros: el Premio Nacional de Literatura (Literatura Infantil), el Premio Konex de Platino y el Gran Premio del Fondo Nacional de las Artes. Entre sus obras figuran: *Los sueños del sapo* (Cuentos y leyendas); *Títeres*; *Los cuentos que me contaron: Cuentos con pájaros*; *Maese Trotamundos por el camino de Don Quijote*; *El caballo celoso*; *Cuentos y títeres*; *La vuelta al mundo*. Murió en Buenos Aires el 1 de abril de 1996.

Una tarde, un sapo dijo:

—Esta noche voy a soñar que soy árbol.

Y dando saltos, llegó a la puerta de su cueva.

Era feliz; iba a ser árbol esa noche.

Todavía andaba el sol girando en la rueda del molino. Estuvo un largo rato mirando el cielo. Después bajó a la cueva; cerró los ojos, y se quedó dormido.

Esa noche el sapo soñó que era árbol.

A la mañana siguiente contó su sueño. Más de cien sapos lo escuchaban.



—Anoche fui árbol —dijo—; un álamo. Estaba cerca de unos paraísos. Tenía nidos. Tenía raíces hondas y muchos brazos como alas; pero no podía volar. Era un tronco delgado y alto que subía. Creí que caminaba, pero era el otoño llevándome las hojas. Creí que lloraba, pero era la lluvia. Siempre estaba en el mismo sitio, subiendo, con las raíces sedientas y profundas. No me gustó ser árbol.

El sapo se fue; llegó a la huerta y se quedó descansando debajo de una hoja de acelga.

Esa tarde el sapo dijo:

—Esta noche voy a soñar que soy río.

Al día siguiente contó su sueño. Más de doscientos sapos formaron rueda para oírlo.

—Fui río anoche —dijo—. A ambos lados, lejos, tenía las riberas. No podía escucharme. Iba llevando barcos. Los llevaba y los traía. Eran siempre los mismos pañuelos en el puerto. La misma prisa por partir, la misma prisa por llegar. Descubrí que los barcos llevan a los que se quedan. Descubrí también que el río es agua que está quieta; es la espuma que anda; y que el río está siempre callado, es un largo silencio que busca las orillas, la tierra para descansar. Su música cabe en las manos de un niño; sube y baja por las espirales de un caracol. Fue una lástima. No vi una sola sirena; siempre vi peces; nada más que peces. No me gustó ser río.

Y el sapo se fue. Volvió a la huerta y descansó entre cuatro palitos que señalaban los límites del perejil.

Esa tarde el sapo dijo:



—Esta noche voy a soñar que soy caballo.

Y al día siguiente contó su sueño. Más de trescientos sapos lo escucharon. Algunos vinieron desde muy lejos para oírlo.

—Fui caballo anoche —dijo—. Un hermoso caballo. Tenía riendas. Iba llevando un hombre que huía. Iba por un camino largo. Crucé un puente, un pantano; toda la pampa bajo el látigo. Oía latir el corazón del hombre que me castigaba. Bebí en un arroyo. Vi mis ojos de caballo en el agua. Me ataron a un poste. Después vi una estrella grande en el cielo; después el sol; después un pájaro se posó sobre mi lomo. No me gustó ser caballo.

Otra noche soñó que era viento. Y al día siguiente, dijo:

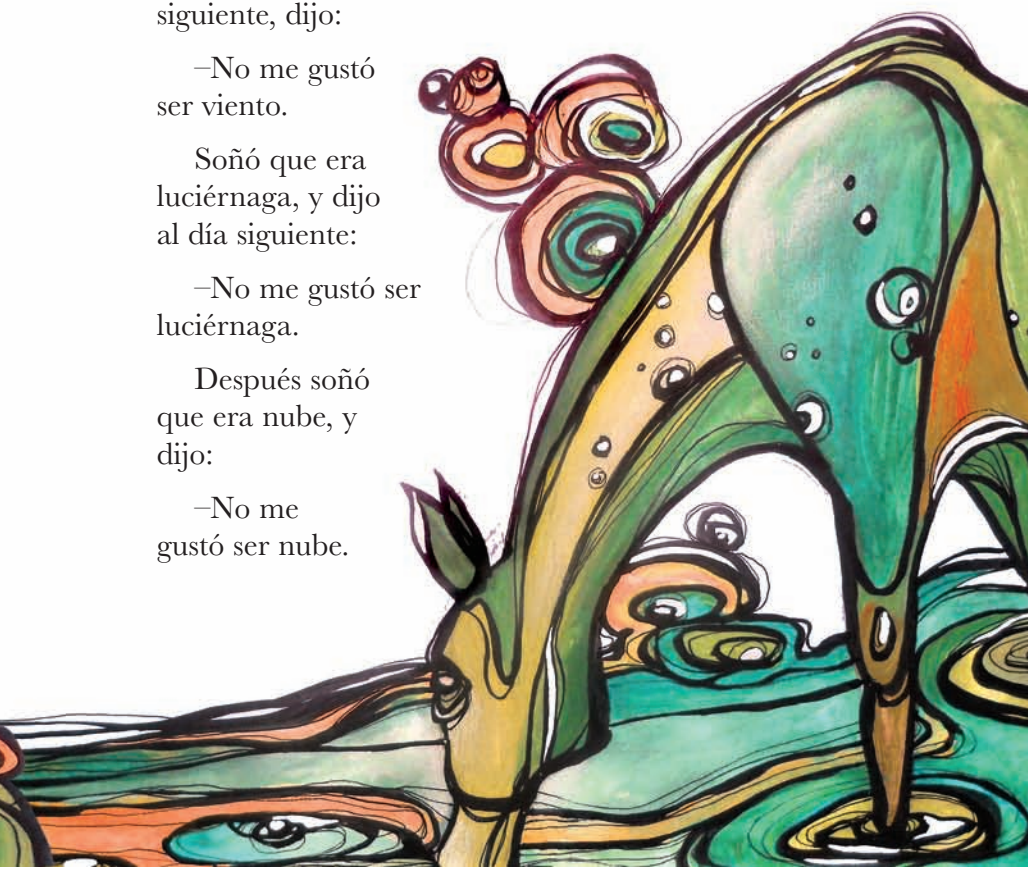
—No me gustó ser viento.

Soñó que era luciérnaga, y dijo al día siguiente:

—No me gustó ser luciérnaga.

Después soñó que era nube, y dijo:

—No me gustó ser nube.





Una mañana, los sapos lo vieron
muy feliz a la orilla del agua.

—¿Por qué estás tan contento? —le
preguntaron.

Y el sapo respondió:

—Anoche tuve un sueño
maravilloso. Soñé que era sapo.



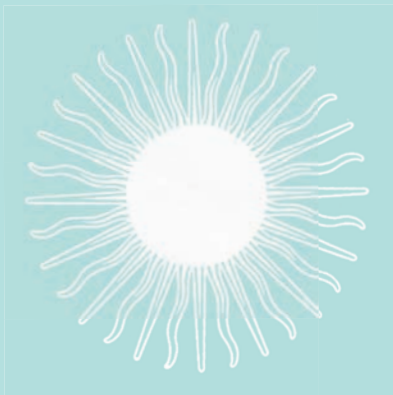
© Javier Villafañe.
© Juan Cristóbal Villafañe.

EL SURUBÍ Y EL

MAR

The word 'MAR' is rendered in a stylized, hand-drawn font. The letter 'M' is orange with vertical black lines and a decorative black scalloped border. The letter 'A' is solid orange with two small white flowers and a small black star on its upper right side. The letter 'R' is orange with horizontal white and black stripes and a small black star on its upper left side.

★ ADELA BASCH



ADELA BASCH

Nació el 23 de noviembre de 1946 en Buenos Aires. Estudió Letras en la UBA. Dirigió colecciones de literatura infantil y juvenil en distintas editoriales. En 1979 escribió su primera obra de teatro: *Abran cancha, que aquí viene Don Quijote de la Mancha*, nominada para el premio Teatro del mundo del Centro Cultural Ricardo Rojas, UBA. Es una referente en la dramaturgia dirigida a niñas, niños y jóvenes.

Recibió, entre otros: Premio Argentores; en 2002, premio Destacados de Alija por su obra dramática: *José de San Martín, caballero del principio al fin*.

Entre sus obras figuran: *Oiga, chamigo aguará, Colón agarra viaje a toda costa; Ulises, por favor, no me pises; Los árboles no son troncos*.

Una vez, en un lugar llamado Yacuarebí, se reunieron muchos animales. Uno de ellos dijo así:

—A las palabras se las lleva el viento. ¿Qué les parece si nos encontramos todos los días para contarnos cuentos? Así después el viento se los puede llevar para que anden de lugar en lugar.

El mono fue el que habló así. Y enseguida todos le contestaron:

—¡Sí!

—Yo cuento primero —dijo un tucán que se había puesto un sombrero—. Y todos se sentaron a su alrededor, bastante cerca, para escuchar mejor.

Las palabras empezaron a salir de la boca del tucán, y llegaban a los oídos de todos.



Hubo una vez un surubí que vivía cerca de aquí, en un río llamado Lunces, que como todos los ríos, era de agua dulce.

Un día el surubí fue a visitar a su tío el patí, que vivía bastante lejos y ya se iba poniendo viejo. Y se enteró de que más allá del Lunces había otro río, muy grande según le dijo su tío.

También supo que ese río tan grande desembocaba en una extensión de agua que le resultaba inimaginable. Se llamaba mar y ocupaba muchísimo, muchísimo lugar. Y además, no era agua dulce como la que él conocía. Era agua salada con olas gigantescas que siempre se movían. Y había muchos peces de distintas formas y colores y barcos que no andaban a remo sino con motores.

El surubí sintió un gran deseo de conocer el mar, algo que para él era totalmente nuevo. Pero apenas se lo comentó a sus amigos, le dijeron que mejor se quitara esa idea de la cabeza, porque nunca iba a poder realizar semejante proeza.

—Nosotros estamos acostumbrados al agua dulce —le dijo la boga—.

No podemos vivir en agua salada. Si te vas al mar, no vas a durar nada.

—El agua salada debe ser horrible —dijo el bagre—. Me parece que es más fea que el vinagre.

—Debe ser cuestión de costumbre —dijo el surubí—.





Si es buena para otros peces,
¿por qué no puede serlo para mí?

—Pero nosotros somos peces de
agua dulce y siempre vivimos en el
Lunces —dijo el dorado—. ¿Creés que
es posible habituarse a otro mundo en solo
unos segundos?

—Yo tengo un gran deseo de conocer el mar —dijo el
surubí—. Debe ser algo muy hermoso, y yo nunca lo vi.

Después, estuvo pensando unos cuantos días. Y
finalmente tuvo una idea que le hizo sentir mucha
alegría. Le pidió a un marinero que había conocido en
la primavera que le llevara toda la sal que pudiera. Se
fue a una parte del río donde se había formado un
canal, y allí desparramó la sal.





Todos los días iba un rato a las aguas del canal, que ahora eran saladas, se sumergía en ellas y nadaba. Hasta que se acostumbró a estar el día entero, sin que el gusto de la sal le resultara feo.

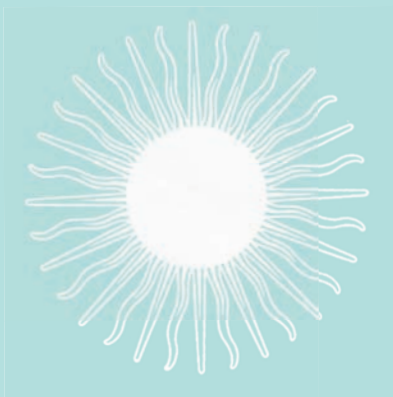
Entonces sintió que ya estaba preparado. Y un poco un día; y otro poco el siguiente, llegó hasta el mar a nado. Y fue muy feliz de conocer un mundo diferente.



EL CLUB DE LOS PERFECTOS

The title is written in large, orange, block letters. The letter 'B' in 'CLUB' is filled with a pattern of white and orange stripes. The letter 'S' in 'LOS' is filled with a pattern of white and orange stripes. The letter 'S' in 'PERFECTOS' is filled with a pattern of white and orange stripes. There are three white flowers and two black stars scattered around the text.

★ GRACIELA MONTES



GRACIELA MONTES

Nació en Buenos Aires en 1947 y creció en el barrio de Florida. Se graduó de profesora en Letras en la UBA; es escritora, traductora y editora. Trabajó más de veinte años en el Centro Editor de América Latina y dirigió varias colecciones.

Fue nominada candidata por la Argentina al Premio Internacional Hans Christian Andersen en 1996, 1998 y 2000 e integró la Lista de Honor de IBBY en 1990. Escribió cuentos, novelas y libros de ficción para niñas y niños.

Dirigió la colección Los cuentos del Chiribitil, que fue prohibida durante la última dictadura por el tercer cuerpo del Ejército en Mendoza; entre otros, por su libro *Los zapatos voladores*. Se trata de un cartero al que no le alcanza el dinero para comprarse zapatos; la gente del pueblo se reúne y junta el dinero para comprárselos. Los militares consideraron que era un llamado a la subversión.

Entre sus obras figuran: *Nicolodo viaja al País de la Cocina*; *La familia Delasoga*; *Doña Clementina Queridita*, *la Achicadora*; *Y el árbol siguió creciendo*.

Hay gente que ya está cansada de que yo cuente cosas del barrio de Florida. Pero no es culpa mía: en Florida pasa cada cosa que una no puede menos que contarla.

Como la historia esa del Club de los Perfectos.

Porque resulta que los perfectos de Florida decidieron formar un club.

Alguno de ustedes preguntará quiénes eran los Perfectos. Bueno, los Perfectos de Florida eran como los Perfectos de cualquier otro barrio, así que cualquiera puede imaginárselos.

Por ejemplo, los Perfectos no son gordos pero tampoco son flacos.

No son demasiados altos, y mucho menos petisos.

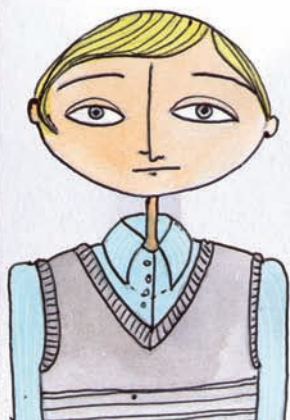
Tienen todos los dientes parejos y jamás de los jamases se comen las uñas.

Nunca tienen pie plano ni se hacen pis encima.

No son miedosos. Ni confianzudos.

No se ríen a carcajadas ni lloran a moco tendido.

Los Perfectos siempre están bien peinados, siempre piden “por favor” y jamás hablan con la boca llena.



Hay que reconocer que los Perfectos de Florida no eran muchos que digamos. Es más, eran muy pocos. Tan pocos que había calles, como Agustín Álvarez, donde no podía encontrarse un Perfecto ni con lupa. Pero —pocos y todo— decidieron formar un club porque todo el mundo sabe que a los Perfectos sólo les gusta charlar con Perfectos, comer con Perfectos y casarse con Perfectos.

El Club de los Perfectos fue el tercer club de Florida. Los otros dos eran el Deportivo Santa Rita y el Social Juan B. Justo.

El Deportivo Santa Rita era sobre todo un club de fútbol. Los sábados por la tarde se llenaba de floridenses porque los sábados por la tarde se jugaban partidos amistosos con el equipo de Cetrángolo.

El Social Juan B. Justo era el club de los bailes. Los sábados por la noche los floridenses que querían ponerse de novio se reunían a bailar con los Rockeros de Florida entre guirnaldas verdes, rojas y amarillas.





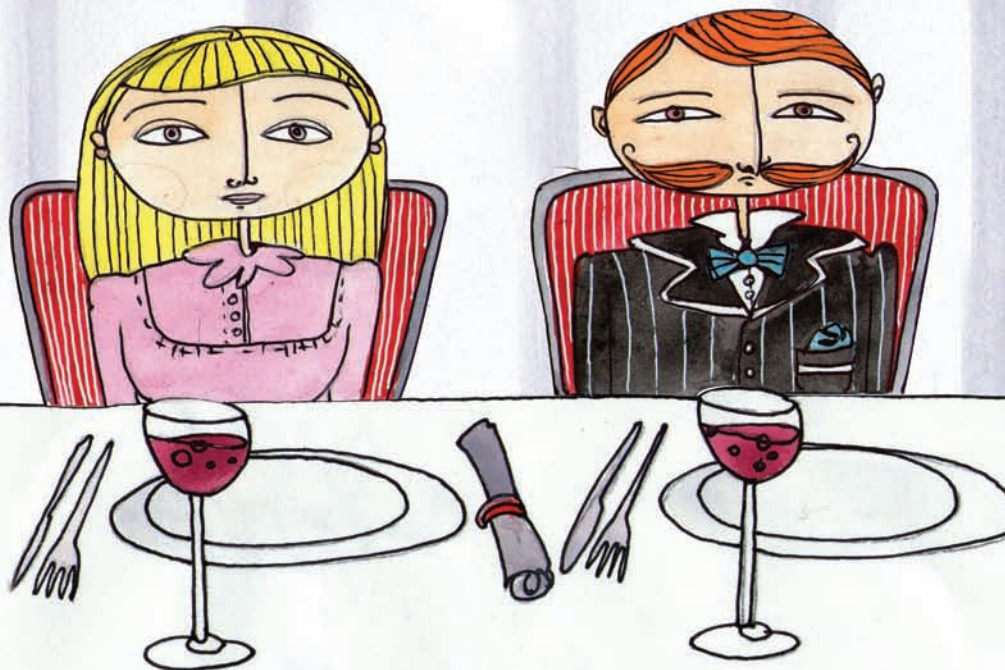
Pero el Club de los Perfectos era otra cosa.

Para empezar, no era ni un galpón ni una cancha. Era una casa en la calle Warnes, con grandes ventanales y una verja alta de rejas negras. Y en el jardín que daba al frente, nada de malvones, dalias y margaritas, sólo palmeras esbeltas, rosales de rosas blancas y gomeros de hojas lustrosas.

Los sábados por la noche, los Perfectos llegaban al club con sus ropas planchadas y sus corbatas brillantes. Como eran perfectamente puntuales llegaban todos juntos.

Se sentaban alrededor de la mesa con mantel almidonado y vajilla deslumbrante. Comían tranquilos y educados. Masticaban bien. Sonreían. Nunca parecían tener hambre. Ni apuro. Ni sueño. Ni rabia. Ni ganas. Ni celos. Ni frío.

Tan diferentes eran, que a los floridenses se les hizo costumbre eso de ir a visitar el Club de los Perfectos.





Bueno, visitar es una manera de decir porque al club de los Perfectos sólo entraban Perfectos, y los demás miraban de afuera.

Lo cierto es que, a eso de las siete de la tarde, en cuanto terminaba el partido, los del Deportivo Santa Rita se venían en patota a la calle Warnes y, a eso de las ocho, antes de ir para el baile del Social Juan B. Justo, las parejas de novios pasaban por la calle Warnes para echarles una ojeadita a los Perfectos.

Los floridenses se apretaban todos junto a la verja. Eran un montón, pero ninguno era perfecto. Estaba doña Clementina, llena de arrugas; el nieto de don Braulio, que era un poco bizco; el chico del almacén, que era petiso; Antonia, llena de pecas... y chicos que usaban aparatos en los dientes, chicos que a veces se comían las uñas, chicos que a veces se hacían pis encima, chicos con mocos,

muchachos que clavaban los dientes en los sándwiches de milanesa porque tenían hambre y chicas un poco despeinadas porque había viento.

Los sábados por la noche, el Club de los Perfectos estaba siempre rodeado de floridenses. Y fue por eso que, cuando pasó lo que tenía que pasar, hubo muchos que pudieron contarlo.

Resulta que estaban ahí los Perfectos, tan perfectos como siempre reunidos alrededor de la mesa, perfectamente bronceados porque era verano y perfectamente frescos y perfumados, cuando pasó lo que tenía que pasar.


Pasó una cucaracha.

Una cucaracha lisita, negra, brillante, en cierto modo una cucaracha perfecta, que trepó lentamente por el mantel almidonado y empezó a caminar perfectamente serena, por entre los platos.

El primero que la vio fue un Perfecto de saco blanco y corbata a rayas, perfectamente rubio. La cucaracha se acercaba, pacíficamente, hacia su plato.

El Perfecto rubio se puso de pie...




A decorative header at the top of the page featuring yellow circles and red chains.

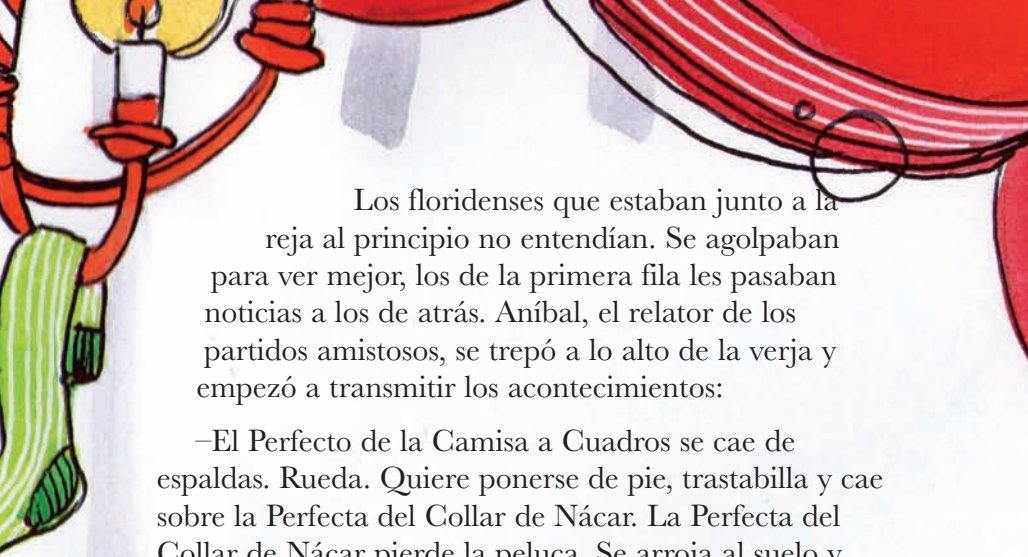
demasiado bruscamente, porque volcó la silla, empujó con el codo el plato decorado, que se estrelló contra el piso, y derramó el vino tinto de su copa labrada sobre la Perfecta de vestido blanco.

La cucaracha entre tanto, posiblemente sorda y seguramente valiente, seguía recorriendo la mesa, desviándose sin sobresaltos cuando se le interponía algún plato.

Los Perfectos en cambio sí que parecían sobresaltados. Había algunos que se subían a las sillas y gritaban pidiendo ayuda, y otros que se comían velozmente las uñas acurrucados en los rincones. Había algunos que lloraban a moco tendido y otros que, de puro nerviosos, se reían a carcajadas.

El mantel ya no parecía el mismo, lleno como estaba de platos rotos y copas volcadas. Y serena, parsimoniosa, la manchita negra y lustrosa proseguía su camino.


A cartoon illustration of a man with glasses and a red shoe, lying on a table. He is surrounded by broken plates, a pink comb, and a red shoe. A hand is reaching towards him. The scene is chaotic and messy.



Los floridenses que estaban junto a la reja al principio no entendían. Se agolpaban para ver mejor, los de la primera fila les pasaban noticias a los de atrás. Aníbal, el relator de los partidos amistosos, se trepó a lo alto de la verja y empezó a transmitir los acontecimientos:

—El Perfecto de la Camisa a Cuadros se cae de espaldas. Rueda. Quiere ponerse de pie, trastabilla y cae sobre la Perfecta del Collar de Nácar. La Perfecta del Collar de Nácar pierde la peluca. Se arroja al suelo y camina en cuatro patas tratando de recuperarla. El Perfecto del Traje Azul tropieza con ella, pierde el equilibrio y cae... Cae también su dentadura, que golpea ruidosamente contra la pata de la mesa...

Arrugados, despeinados, manchados y llorosos, los Perfectos fueron abandonando la casa de la calle Warnes. Los floridenses los miraban salir y no podían casi reconocerlos. Algunos estaban pálidos. Otros parecían viejos. Algunos, si se los miraba bien, eran francamente gordos. Y todos, uno por uno, estaban muertos de miedo.



A los floridenses más burlones les daba un poco de risa.

Los floridenses más comprensivos les sonreían y les daban la bienvenida: al fin de cuentas no era tan malo estar de este lado de la reja.

De más está decir que ese mismo día se disolvió el Club de los Perfectos.

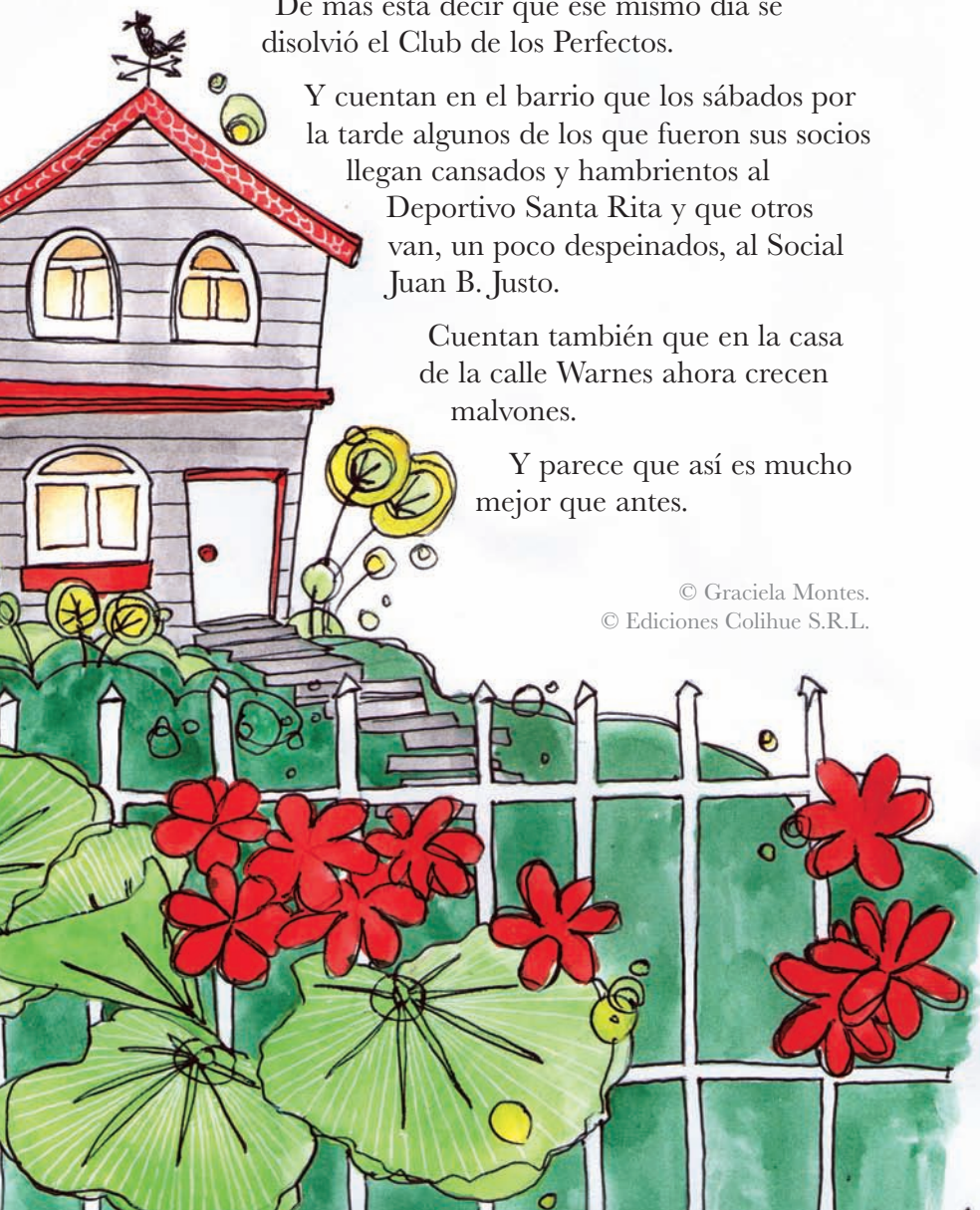
Y cuentan en el barrio que los sábados por la tarde algunos de los que fueron sus socios llegan cansados y hambrientos al Deportivo Santa Rita y que otros van, un poco despeinados, al Social Juan B. Justo.

Cuentan también que en la casa de la calle Warnes ahora crecen malvones.

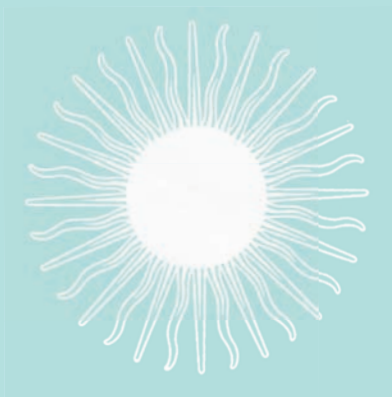
Y parece que así es mucho mejor que antes.

© Graciela Montes.

© Ediciones Colihue S.R.L.



HABÍA UN PLOJO
EN MI MOCHILA



CANELA **(Gigliolla Zecchin)**

Nació en 1942 en Vicenza, Italia. Llegó como inmigrante a la Argentina cuando tenía diez años. Vivió en Mar del Plata, luego en San Francisco (Córdoba) y más tarde en Córdoba capital, en cuya universidad estudió Letras Modernas. Se desempeñó en el área editorial, donde se ocupó de publicar más de doscientos cincuenta títulos dirigidos a niños y jóvenes. Ahora prefiere dedicarse a escribir.

En 1962 comenzó a trabajar en radio y televisión como periodista, conductora, guionista de diferentes ciclos. Obtuvo numerosos premios y distinciones a lo largo de su carrera profesional. En el 2007 fue declarada Personalidad Destacada de la Cultura de Buenos Aires.

Entre sus obras para chicas y chicos figuran: *Marisa que borra*, *Para cuando llueve*, *La leyenda del yaguareté*, *El arte para los niños*.

Cruzaba el puente
mirando el agua
y se cayó
mi mochila verde
al río.

¡¡¡Plaff!!!
sin pedir auxilio
se hundió como una papa.

¡Miren!
volvió a salir
casi ahogada
¡y ahora desparrama
todo lo que tengo
por el agua!

El “Felicitado” de la tabla del siete
las montañas y las islas de los mapas
las palabras del libro de cuentos
las bolitas para jugar en el recreo.



¡Qué mala suerte!
estoy perdiendo
para siempre
mi mochilita
de lona verde.

¡Pero miren!
Hay un piojo enojado
parado en la manija
que pega un salto y se salva
navegando a lo pirata.

Chiquitito es el piojo
pero lo veo.
¿Ustedes no lo ven?
tiene el viento a su favor
y está alcanzando la orilla
a bordo de mi lápiz
de mina amarilla.

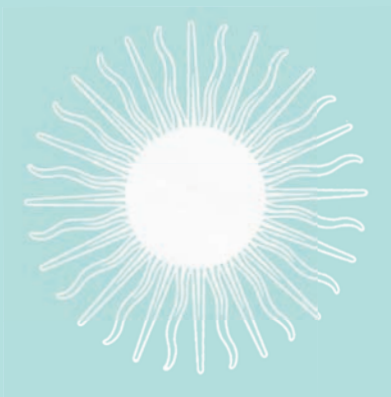
¡Qué suerte!
seguro que el piojo pirata
va a pintar el sol
en la página del cielo
cada mañana.



Bajo el sombrero de Juan

The title is rendered in a playful, stylized font. The word 'Bajo' is in a light orange color with a black star in the 'o'. 'el sombrero' is in a darker orange. 'de' is in a light orange. 'Juan' is in a dark orange. The letter 'J' is decorated with a blue, textured pattern and small white circles. The letter 'N' is decorated with vertical brown lines and small white circles. The word 'de' is partially obscured by the 'J'.

★ EMA WOLF




EMA WOLF

Nació en Carapachay, provincia de Buenos Aires en 1948. Es escritora y ha colaborado en publicaciones periodísticas. Obtuvo numerosos premios, entre ellos el de la Fundación Konex y el Nacional de Literatura Infantil 1994. Fue candidata por la Argentina al Premio “Hans Christian Andersen” y finalista en el Casa de las Américas. Varios de sus libros fueron traducidos. Ganadora del Premio Alfaguara de España por su novela *El turno del Escriba* en colaboración con Graciela Montes.

Entre sus obras figuran: *Filotea*; *Nabuco*, etc.; *Los imposibles*; *Maruja*; *La aldovranda en el mercado*.



Nadie en Sansemillas fabricaba los sombreros como Juan.



Los más empinados, los más vivos, los más galantes sombreros salían de sus manos. Sombreros de copa, de medio queso, redondos, triangulares, de fieltro, para días nublados, para noches de luna, amarillos, violetas y hasta sombreros grises para saludar que, sin ser ninguna rareza, también los fabricaba Juan.

Una vez entre otras, fabricó un sombrero de jardín de ala muy ancha con una cinta verde alrededor de la copa. Le llevó un día largo terminarlo. Era tan grande que no cabía dentro de su casa. Lo llevó al jardín y se lo probó. Le quedaba muy bien. Era de su medida.

—Me gusta —dijo—. Me quedo con él.

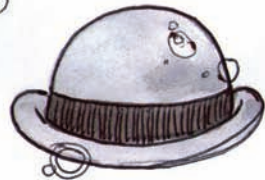
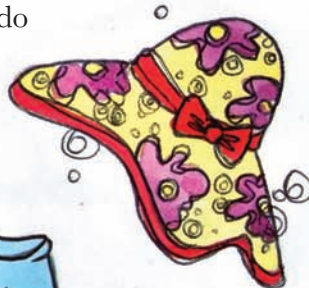
Un sombrero tan grande lo protegería del sol, del granizo, de las hojas que caen en otoño y otros accidentes.

De pronto Juan estiró la mano y la sacó fuera del sombrero.

—Llueve —comentó.

Pero ahora ese era un detalle sin importancia.

El perro de Juan, que había estado durmiendo entre los rosales, se acercó corriendo y le tironeó el pantalón con la mano.



—Me quedo debajo de tu sombrero hasta que pase la lluvia —anunció.

—Bueno... —dijo Juan—. Será cuestión de esperar un poco.

Casi enseguida se acercó una vecina que llevaba una gansa atada de un piolín.

—¡Qué tiempo loco! Menos mal que encontramos un techo para guarecernos —comentó la gansa.

Y allí se quedaron las dos.

Unos cazadores que la habían escuchado se acercaron con interés.

—La lluvia nos apaga el fuego del campamento. Y un campamento sin fuego no es un campamento —argumentaron.

Así fue como se quedaron cazadores, vecina, gansa, fuego y perro, todos bajo el sombrero de Juan.

La lluvia seguía, tranquila...

Poco a poco se fueron arrimando los hombres y las mujeres del pueblo.

—¿Podemos quedarnos aquí? —preguntaban.

—Pueden —les decía Juan. Y entonces ellos, ya con confianza, amontonaban jaulas, chicos, terneros y muebles bajo el ala del gran sombrero.

La lluvia alcanzó por fin a los



pueblos cercanos y pronto todo el país de Sansemillas golpeó a las puertas del sombrero buscando abrigo.

Llegaron los paisanos de a pie y de a caballo, los empleados de correo, toda la flora, toda la fauna, y también los fabricantes de paraguas.

Juan los recibía amablemente y se disculpaba porque no tenía muchas comodidades para ofrecerles.

No hubo problemas entre los parroquianos del sombrero.

Sólo un roce se produjo. Fue cuando un granjero reconoció en la capelina de una dama las plumas de una gallina de su propiedad. Devueltas las plumas a la legítima gallina, se hizo la paz.

El embajador de un país vecino, sorprendido por la lluvia, pidió asilo bajo el sombrero.

Detrás de él llegó el país mismo, y como era más bien tropical se vino cargado de bolsas de café, loros y caimanes que rasgaban las medias de las señoras.

Pronto algunos países de los alrededores imitaron al de los loros y los caimanes.

—¿Podemos quedarnos hasta que aclare?— preguntaban.

Y Juan hacía un lugarcito para que entraran sus plazas, monumentos y museos. Como sin



querer empezó a llegar gente de lugares tan lejanos que Juan ni siquiera había oído hablar de ellos. Traían osos blancos y animales de cuello fino, que hicieron buenas migas con el perro primero de Juan.

Gente de piel roja trajo sus canoas pensando en el diluvio y hombres de piel amarilla trajeron regaderas calculando que a la lluvia siempre sucede la sequía.

Llegaron los capitanes con sus portaaviones, los batallones de soldados y los sabios, que siempre salen sin impermeable.

Algún loco trajo también la arena de las playas y los acantilados, como si fuera necesario proteger todo eso de la lluvia.

Un continente grande y otro formado por islas pequeñas se acercaron ronroneando. El último en correr bajo el sombrero trajo un lío de avenidas, vías férreas, paralelos y meridianos, todo confundido y hecho un ovillo.

Por fin no entró nada más bajo el sombrero de Juan. No porque faltara espacio o buena voluntad sino porque ya no quedaba nada ni nadie por llegar.

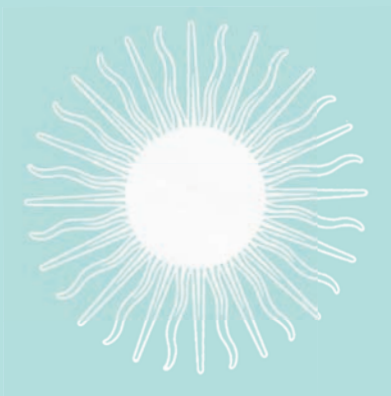
Juan se estiró mucho para sacar la mano fuera del sombrero.

—Ya no llueve—dijo tranquilo—. Es hora de que cada uno vuelva a su lugar.



¿QUIÉN PIDIÓ
UN VASO DE
AGUA?

★ JORGE ACCAME



JORGE ACCAME

Nació en 1956 en Buenos Aires y vive en San Salvador de Jujuy desde 1982, donde se desempeña como docente en la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional. Además de poesía, cuentos y novelas para chicas, chicos, jóvenes y adultos, ha escrito varias obras de teatro. Su pieza *Venecia*, estrenada en Buenos Aires en 1998, ganó los premios teatrales más importantes a nivel nacional y fue representada en la mayoría de las provincias argentinas y en Gran Bretaña, España, EE.UU., Canadá, México, Colombia, Perú, Chile, Brasil, Uruguay y Bolivia.

Recibió numerosos reconocimientos, tales como el tercer Premio Nacional de Literatura Infantil por su libro de cuentos *Cartas de amor*.

Entre sus obras para chicas, chicos y jóvenes figuran: *Cuarteto en el monte*, *El jaguar*, *El dueño de los animales*, *Cuidado con el dinosaurio*, *La leyenda de la vicuña*, *Uno de elefantes*, *Cartas de amor*, *Diario de un explorador*.

Hacia la medianoche, cuando el señor Jorge se acuesta, después de un largo día de trabajo, la señora Elena ya sabe lo que seguirá y piensa: “Ahora papá Jorge se va a levantar otra vez y va a decir ‘No vi si los chicos están bien tapados’”.


Entonces, el señor Jorge corre sus sábanas, se sienta en el borde de la cama y mirando a su esposa, dice:

–Voy a ver si los chicos están bien tapados –se levanta, se pone las pantuflas y sale de la habitación.

La señora Elena se da vuelta y se duerme. El señor Jorge llega al cuarto de los chicos y primero los cuenta: uno, dos, tres, cuatro, están todos destapados.

Papá Jorge empieza por Pablo, que es el mayor. Le acomoda la pierna que está escapándose de la cama, sube las sábanas y mete los bordes bajo el colchón. Sigue Marce.





Marce está arrodillado en el piso con la cabeza sobre su almohada y los puños fuertemente cerrados, aferrando la sábana para no caer. Papá Jorge lo alza y lo apoya en el colchón. Marce dice que no, pero su padre lo besa, lo tapa y continúa.

Más allá está Nacho, con el cuerpo y un brazo enredados en la sábana retorcida, ordenándole a una víbora que lo suelte. El señor Jorge busca las puntas y lo desata, mientras esquiva sus furiosos golpes. Lo tapa hasta los hombros y va en busca de Juli, que está acostado al revés. Lo da vuelta, lo tapa y camina hasta la puerta. Una última mirada y va a salir.

—Papá —susurra una voz desde adentro—. ¿Me das agua?

El señor Jorge va a la cocina, llena un vaso de agua y regresa. El asunto ahora es descubrir cuál de los cuatro pidió el agua. Todos están dormidos. Pero antes hay que arreglar de nuevo a Marce que volvió a destaparse.

Mientras lo acomoda, siente que algo le tironea el pantalón piyama. Es Pablo, que duerme en la cama de abajo.

—Papá.


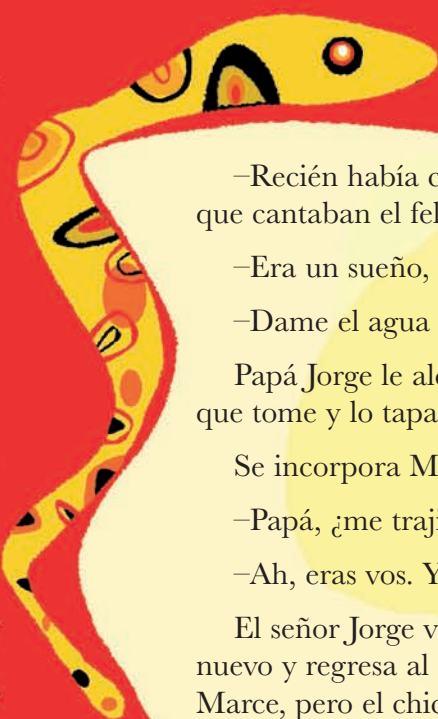
El señor Jorge se da vuelta.

—¿Vos pediste el agua?

—No, papá. ¿Los mamuts cantan?

—¿Los mamuts? ¿Por?





—Recién había cinco mamuts
que cantaban el feliz cumpleaños.

—Era un sueño, Pablo. Dormite.

—Dame el agua igual.


Papá Jorge le alcanza el vaso. Espera
que tome y lo tapa.

Se incorpora Marce, refregándose los ojos.

—Papá, ¿me trajiste el agua?

—Ah, eras vos. Ya te traigo.

El señor Jorge va a la cocina, llena el vaso de
nuevo y regresa al cuarto. Estira el brazo hacia
Marce, pero el chico se quedó dormido contra el
respaldo de la cama.



Lo acomoda, lo tapa y va a salir. Una última ojeada y Nacho se ha despertado y Juli no está. Tapa rápidamente a Nacho y corre a la cama de Juli. Sobre la almohada hay un piecito; si uno continúa bajo las sábanas, encuentra el resto del niño. ¿En qué momento se dio vuelta?

Papá Jorge lo rescata de las profundidades y lo coloca al derecho.

–Papá, quiero pis.

Es Nacho. El señor Jorge prende el foco del pasillo y lo acompaña. Enseguida regresa a la habitación, porque Marce reclama su vaso de agua. El señor Jorge tantea la mesa de luz.

–Papá –dice Marce–. Te pedí agua, dos veces.

–Te la traje, lo que pasa es que te dormiste.

–¿Dónde está?

–No sé, no la encuentro.

Nacho llega corriendo.

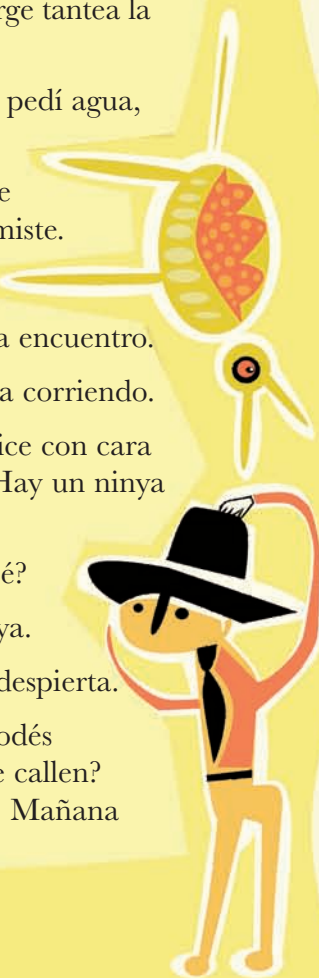
–Papá –dice con cara de susto–. ¡Hay un ninya en el baño!

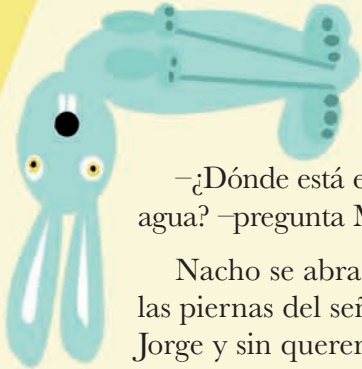
–¿Un qué?

–Un ninya.

Pablo se despierta.

–Papá, ¿podés decirles que se callen? Quiero dormir. Mañana tengo clase.





—¿Dónde está el agua?—pregunta Marce.

Nacho se abraza a las piernas del señor Jorge y sin querer le baja los pantalones del pijama.


—Nacho, quedate quieto—dice el señor Jorge y se sube los pantalones.

—Tengo miedo.

—Pablo, ¿vos sabés qué es eso del ninya?

—Es Marce, que lo asusta.

—Marce—dice el papá— ¿te parece bien asustar a tu hermano, que es más chiquito?



Pero Marce se ha vuelto a dormir, esta vez sobre la mesa de luz. El señor Jorge camina hasta él, con Nacho prendido de una pierna, lo alza y al acostarlo vuelca accidentalmente el vaso, que había apoyado en algún lugar de la oscuridad. El agua corre por el estante de la biblioteca y cae al otro estante, vuelve a correr y cae justo en la cabeza de Pablo, que se había dormido y despierta gritando, sobresaltado.

Por el grito, se despiertan Marce y Juli.

—Papá, dame agua—dice Marce—. Ya te pedí tres veces.

—Yo también, aba—dice Juli.

—Soltame, Nacho—dice papá Jorge—. ¿Ya hiciste pis?

—No—dice Nacho apretándose con fuerza contra su padre—. Hay un ninya en el baño.

Pablo se ha quedado pensando.



–Papá –pregunta–, ¿existe todavía el pájaro dodó?

Papá Jorge desanuda los brazos de Nacho, lo coloca sobre la cama, va a buscar dos vasos de agua y se los lleva al ninya del baño. Como no lo encuentra, se toma el agua y vuelve a la habitación.

Marce y Juli lloran porque les ha dado dos vasos vacíos.

Papá Jorge está muy cansado.

A las tres de la mañana, mamá Elena se despierta. Enciende su velador, se sienta en la cama, se pone las pantuflas y va al cuarto de sus hijos.

Los cuatro duermen tranquilos, calentitos. El único destapado es papá Jorge, despatarrado en la cama de Juli. Mamá Elena busca una frazada y se la echa encima.

Les da un beso a todos, regresa a su cuarto, se acuesta, sonríe y se vuelve a dormir.

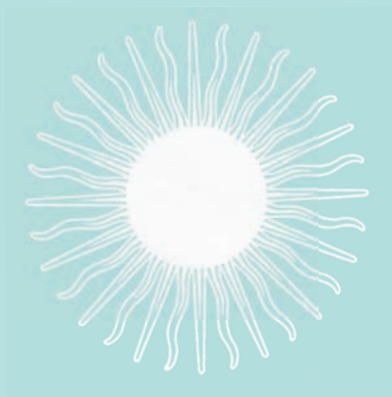
© “¿Quién pidió un vaso de agua?”, de Jorge Accame.

© 2000, Editorial Sudamericana S.A.



COMO SI EL RUIDO
PUDIERA MOLESTAR

★ GUSTAVO ROLDÁN



GUSTAVO ROLDÁN

Nació el 16 de agosto de 1935 en Sáenz Peña, Chaco. Escritor, traductor, coordina talleres literarios de escritura y reflexión. Recibió el Premio Casa de las Américas en 1989. Entre sus obras figuran: *El camino de la hormiga*, *Y el monte era una fiesta*, *Dragón*, *La leyenda del bicho colorado*, *Historias del piojo*.

Fue como si el viento hubiera comenzado a traer las penas. Y de repente todos los animales se enteraron de la noticia.

Abrieron muy grandes los ojos y la boca, y se quedaron con la boca abierta, sin saber qué decir.

Es que no había nada que decir.

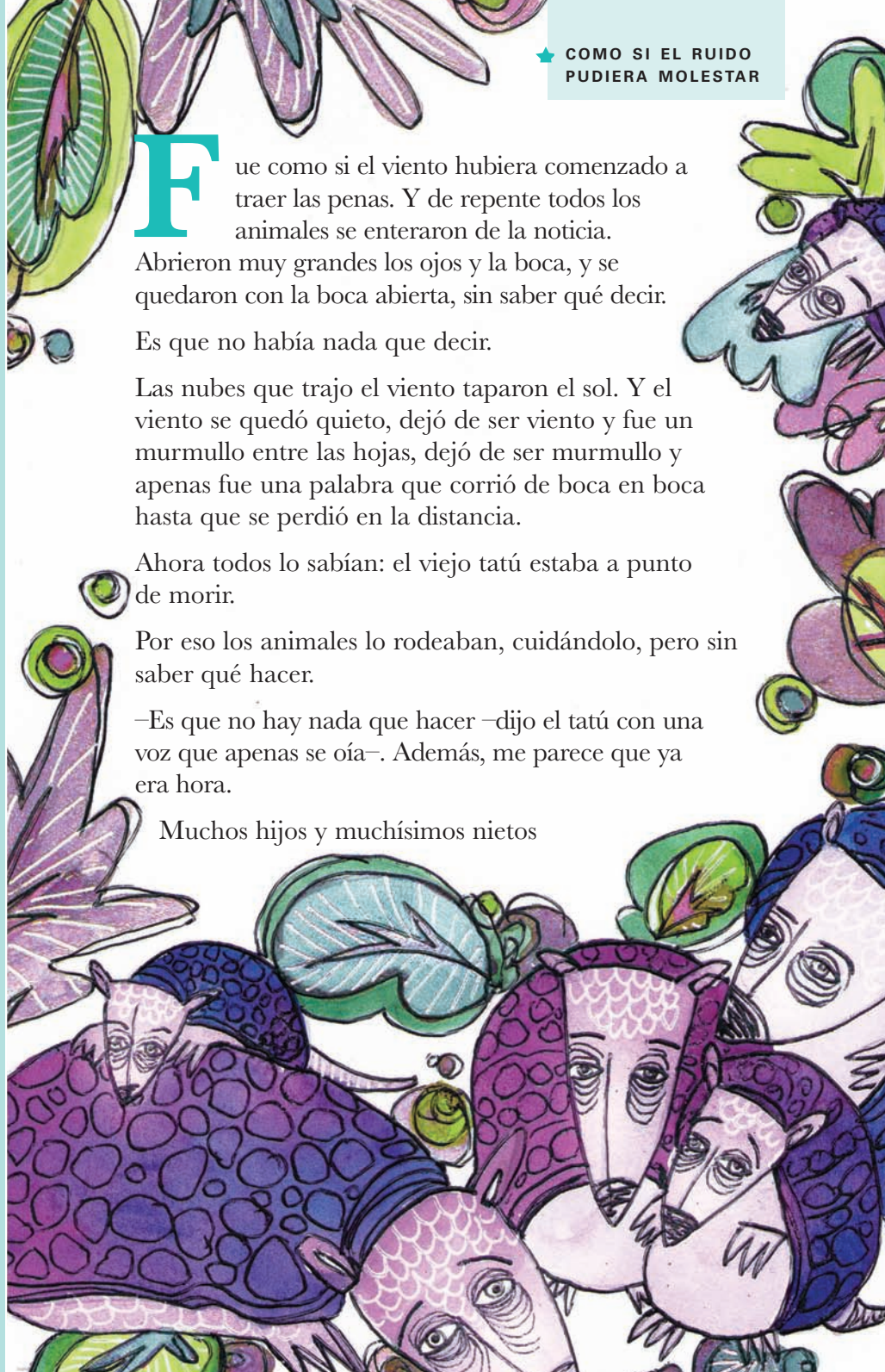
Las nubes que trajo el viento taparon el sol. Y el viento se quedó quieto, dejó de ser viento y fue un murmullo entre las hojas, dejó de ser murmullo y apenas fue una palabra que corrió de boca en boca hasta que se perdió en la distancia.

Ahora todos lo sabían: el viejo tatú estaba a punto de morir.

Por eso los animales lo rodeaban, cuidándolo, pero sin saber qué hacer.

—Es que no hay nada que hacer —dijo el tatú con una voz que apenas se oía—. Además, me parece que ya era hora.

Muchos hijos y muchísimos nietos



taticitos miraban con una tristeza larga en los ojos.

—¡Pero, don tatú, no puede ser!
—dijo el piojo—, si hasta ayer
nomás nos contaba todas las cosas
que le hizo al tigre.

—¿Se acuerda de las veces que lo
embromó al zorro?

—¿Y de las aventuras que tuvo con don
sapo?

—¡Y cómo se reía con las mentiras del sapo!

Varios quirquinchos, corzuelas y monos muy
chicos, que no habían oído hablar de la
muerte, miraban sin entender.

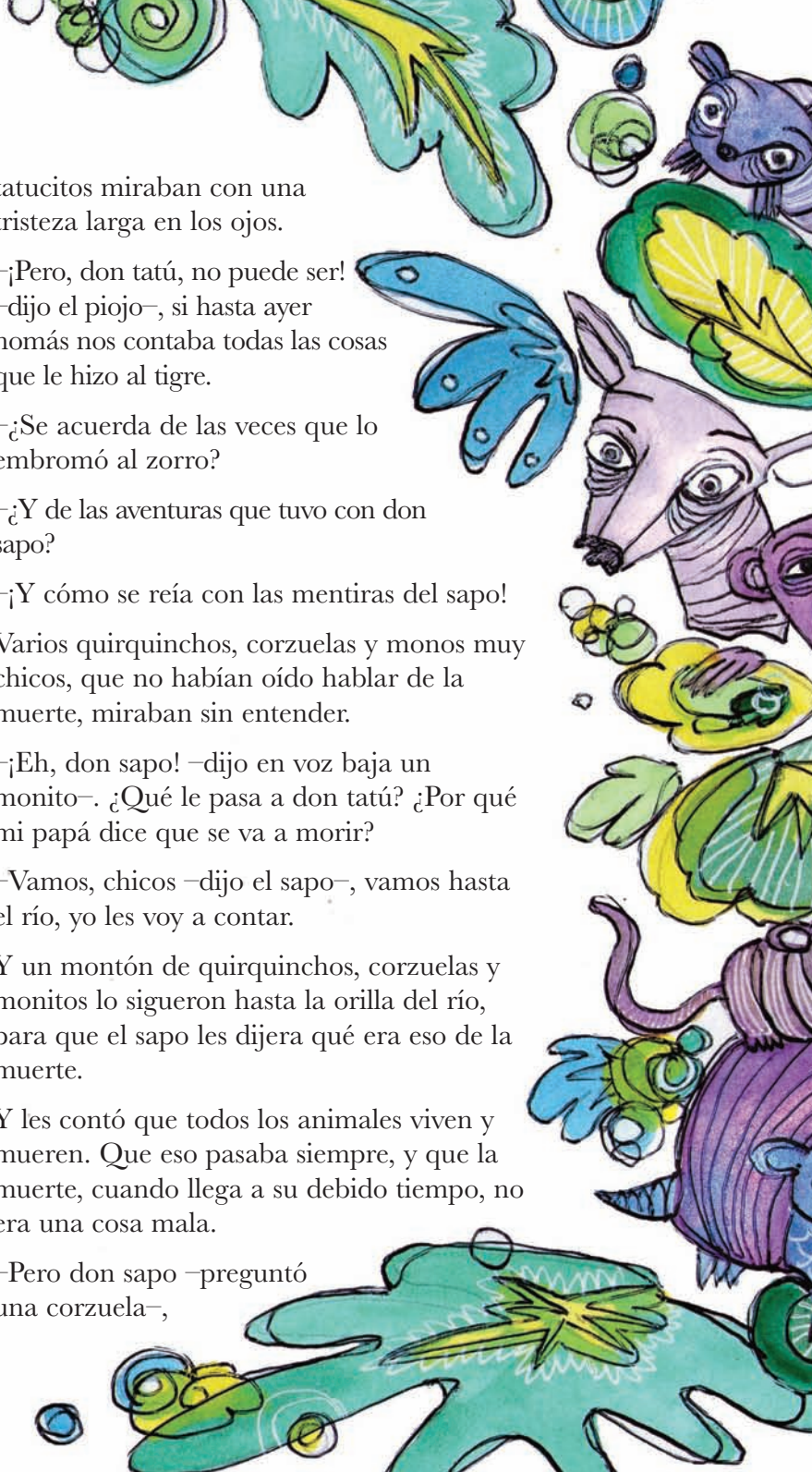
—¡Eh, don sapo! —dijo en voz baja un
monito—. ¿Qué le pasa a don tatú? ¿Por qué
mi papá dice que se va a morir?

—Vamos, chicos —dijo el sapo—, vamos hasta
el río, yo les voy a contar.

Y un montón de quirquinchos, corzuelas y
monitos lo siguieron hasta la orilla del río,
para que el sapo les dijera qué era eso de la
muerte.

Y les contó que todos los animales viven y
mueren. Que eso pasaba siempre, y que la
muerte, cuando llega a su debido tiempo, no
era una cosa mala.

—Pero don sapo —preguntó
una corzuela—,





¿entonces no vamos a jugar más con don tatú?

-No. No vamos a jugar más.

-¿Y él no está triste?

-Para nada. ¿Y saben por qué?

-No, don sapo, no sabemos...

-No está triste porque jugó mucho, porque jugó todos los juegos. Por eso se va contento.

-Claro -dijo el piojo-. ¡Cómo jugaba!

-¡Pero tampoco va a pelear más con el tigre!

-No, pero ya peleó todo lo que podía. Nunca lo dejó descansar tranquilo al tigre. También por eso se va contento.

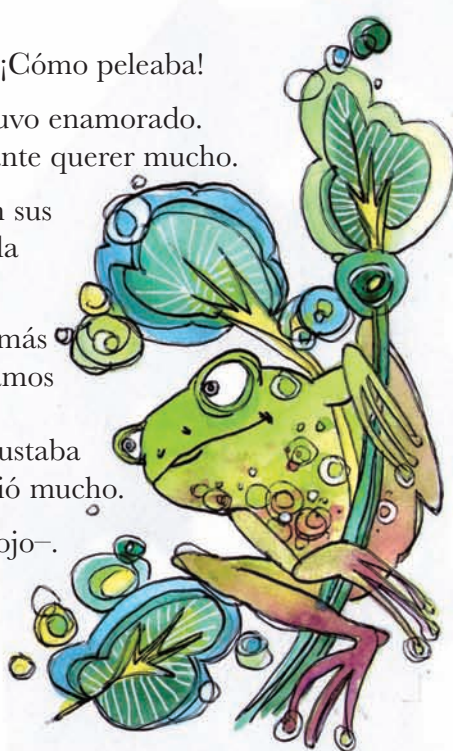
-¡Cierto! -dijo el piojo-. ¡Cómo peleaba!

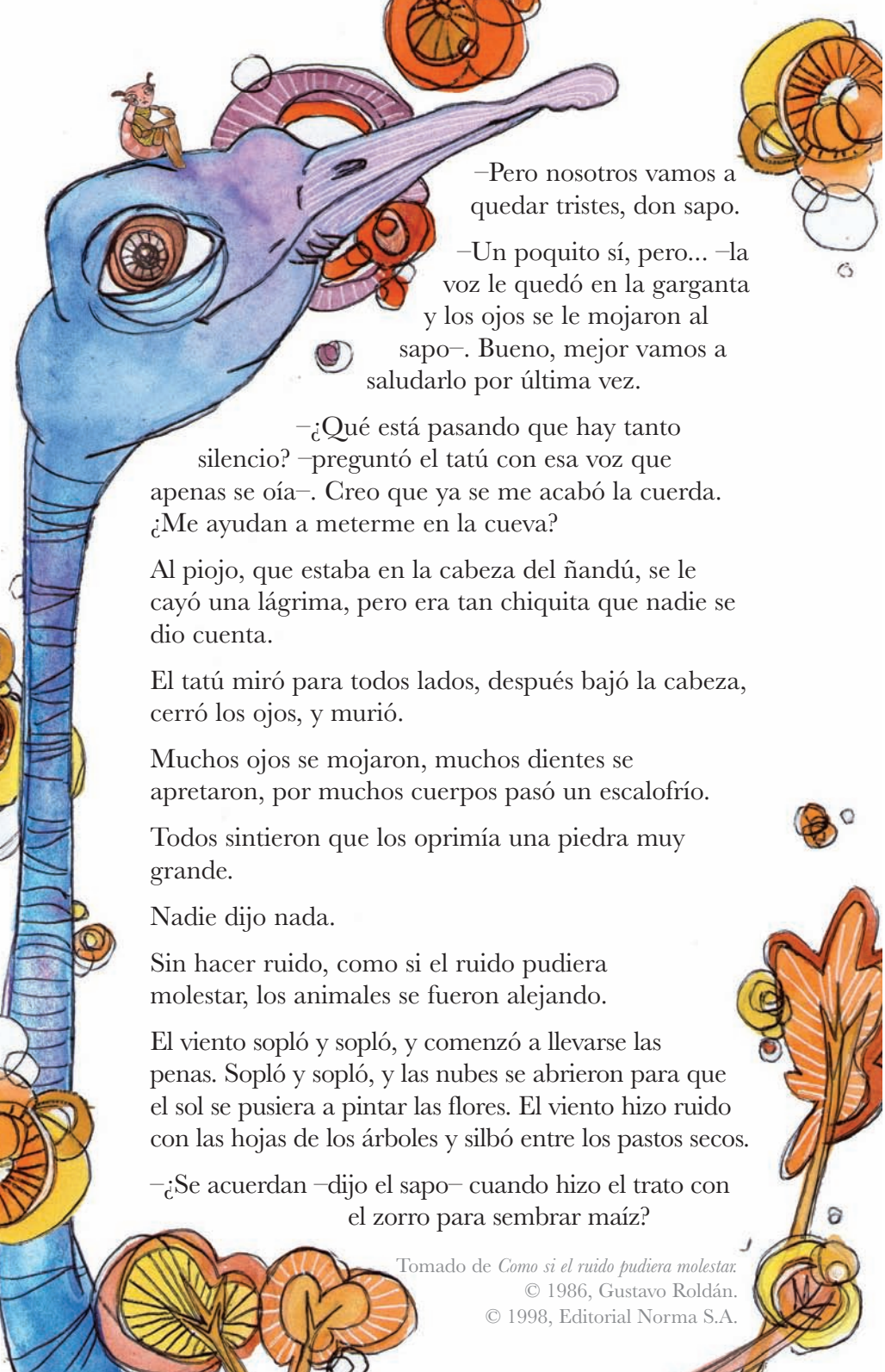
-Y además, siempre anduvo enamorado. También es muy importante querer mucho.

-¡Él sí que se divertía con sus cuentos, don sapo! -dijo la iguana.

-¡Como para que no! Si más de una historia la inventamos juntos, y por eso se va contento, porque le gustaba divertirse y se divirtió mucho.

-Cierto -dijo el piojo-. ¡Cómo se divertía!





—Pero nosotros vamos a quedar tristes, don sapo.

—Un poquito sí, pero... —la voz le quedó en la garganta y los ojos se le mojaron al sapo—. Bueno, mejor vamos a saludarlo por última vez.

—¿Qué está pasando que hay tanto silencio? —preguntó el tatú con esa voz que apenas se oía—. Creo que ya se me acabó la cuerda. ¿Me ayudan a meterme en la cueva?

Al piojo, que estaba en la cabeza del ñandú, se le cayó una lágrima, pero era tan chiquita que nadie se dio cuenta.

El tatú miró para todos lados, después bajó la cabeza, cerró los ojos, y murió.

Muchos ojos se mojaron, muchos dientes se apretaron, por muchos cuerpos pasó un escalofrío.

Todos sintieron que los oprimía una piedra muy grande.

Nadie dijo nada.

Sin hacer ruido, como si el ruido pudiera molestar, los animales se fueron alejando.

El viento sopló y sopló, y comenzó a llevarse las penas. Sopló y sopló, y las nubes se abrieron para que el sol se pusiera a pintar las flores. El viento hizo ruido con las hojas de los árboles y silbó entre los pastos secos.

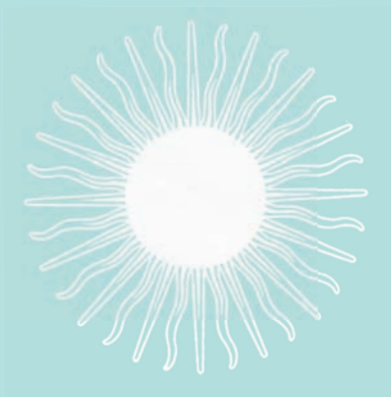
—¿Se acuerdan —dijo el sapo— cuando hizo el trato con el zorro para sembrar maíz?

Tomado de *Como si el ruido pudiera molestar*.

© 1986, Gustavo Roldán.

© 1998, Editorial Norma S.A.

LA VIDA DESPUÉS DEL HORIZONTE



OCHE CALIFA

Nació en 1955 en Chivilcoy, provincia de Buenos Aires.

Trabajó como periodista en *Acción*, *Clarín*, el canal de cable *Gourmet*; en las revistas *Billiken*, *Humi*, *Humor*, *Vida Silvestre*. Y se desempeñó como director de la revista semanal *La Nación de los Chicos* y editor de la colección libros ilustrados de La Nación.

Amante de la naturaleza y de las actividades del hombre rural, esto lo llevó a vincularse con la Fundación *Vida Silvestre*, algunos de cuyos artículos firma con el seudónimo de *Angel Rigone*, su abuelo materno.

Entre sus obras para chicas y chicos figuran: *La vuelta de Mongorito Flores*, *La escuela para crear*, *Valseado del pijojo enamorado*, *Canciones sin corbata*, *Un bandoneón vivo* (que recibió el Premio destacados de Alija 2003).

Sus cuentos fueron publicados en antologías de Uruguay, Perú y Puerto Rico y en libros de Lengua de varias editoriales. También compuso canciones infantiles con varios músicos, entre ellos Enrique Yapor; el grupo chivilcoyano *Vocal Resurrección* grabó "Al ras del piso" con 16 letras que le pertenecen.

Ella sabe lo que vale su palabra. Sabe que la respetan y la admiran. Sabe que viven pendientes de ella.

Están, también, quienes la cuestionan. El viejo elefante suele decir, enojado:

—¡No le creo una sola palabra!
¡Miente, miente, miente!

Y agrega:

—Pero me gusta escucharla...

Así que digamos de una vez de qué se trata: la jirafa, por virtud de su largo cuello, dice poder ver qué hay y qué ocurre más allá del horizonte. ¿Más allá de la raya donde termina la sabana africana? Sí.

La cuestión es que pasa las tardes mirando hacia allí y a veces hace exclamaciones y se sorprende y... ¿Entienden? Eso excita a los curiosos, llámense elefantes, leones, hipopótamos, avestruces, hienas. Y todos, todos, al caer la tarde la rodean y comienzan a preguntarle:

—¿Y? ¿Qué vio? ¿Qué pasó?
¡Cuente, cuente!



Y ella cuenta, le gusta mucho contar...

Esta noche –como todas las noches– los animales se disponen a escucharla.

–Hoy el Gigante de Tres Ojos lloraba –dice, y todos exclaman:

–¡Ohhh!

–Parece que fue porque la Bruja del Bonete Verde lo retó –sigue la jirafa.

–¿Cómo sabe? –pregunta el león–. Si no puede oír lo que hablan.

–Vi los gestos –retruca la jirafa–. Bueno, pero después vino el Dragón Celeste y lo acarició. Le habló un buen rato y al final el Gigante sonrió. En eso llegó el Lobizón de Dos Colas y...

–¿Cómo? ¿No había muerto? –pregunta el elefante.

–Estee... No, bueno, se ve que no estaba muerto, lo que se dice muerto –aclara la jirafa–. Pero las heridas se le notaban bastante. En fin, se acercó al Gigante y al Dragón y algo les dijo, porque al rato hicieron fuego.

–¿Saben hacer fuego? ¡Qué seres maravillosos! –dice, con admiración, el avestruz.

–Era un fuego con llamas de colores –sigue la jirafa–. Sobre él comenzó a revolotear la Bruja. Y eso hizo enfurecer al Gigante, que comenzó a tirarle



cascoes. El Dragón y el Lobizón trataban de calmarlo. Pero no había caso. La Bruja, mientras, reía.

—¡Qué cosa! ¡Es siempre la misma! Lo vuelve loco —murmura el hipopótamo, que sigue la historia desde que la jirafa la contó por primera vez—. Se ve que el Gigante está enamorado de ella y por eso la soporta.

—¡No, señor! —grita la hiena, que también está al tanto—. Él, muchísimas veces, se ha portado mal con ella. Recuerde cuando le pisó el vestido y se lo rajó.

—Bueno, no discutan —dice el león—. ¿Cómo sigue la cosa?

—Miren, si me van a interrumpir a cada rato —se queja la jirafa.

—No, no. Siga —exclaman todos.

—Bien. Al rato se despertó el Fantasma Negro y comenzó a patalear.

—¿Cómo? ¿Tiene pies? —pregunta el elefante.

—Bueno, es una forma de decir —aclara la jirafa—. Lo que hizo fue dar unos saltitos nerviosos porque no lo dejaban dormir. Pero la Bruja seguía sobrevolando el fuego, y el Gigante dele tirarle cascoes. El Lobizón y el Dragón ya no les daban bolilla y se habían puesto a bailar.

—¡Son una manga de locos! —grita, enojado, el león—. ¡Eso es lo que son! Así, qué ejemplo le dan a la niñita rubia.

—¿Cuál niñita rubia? —pregunta el avestruz.



—¡Cómo! ¿No se acuerda? ¡La que peina al Lobizón!

—Ah, cierto. Pero, siga, siga, doña jirafa.

—No, no puedo seguir —responde la jirafa.

—¿Por qué?! —preguntan todos, alarmados.

—Bueno, es que no seguí mirando porque me dolía la vista.

—¡Ohhh..! —dicen todos, y se desilusionan.

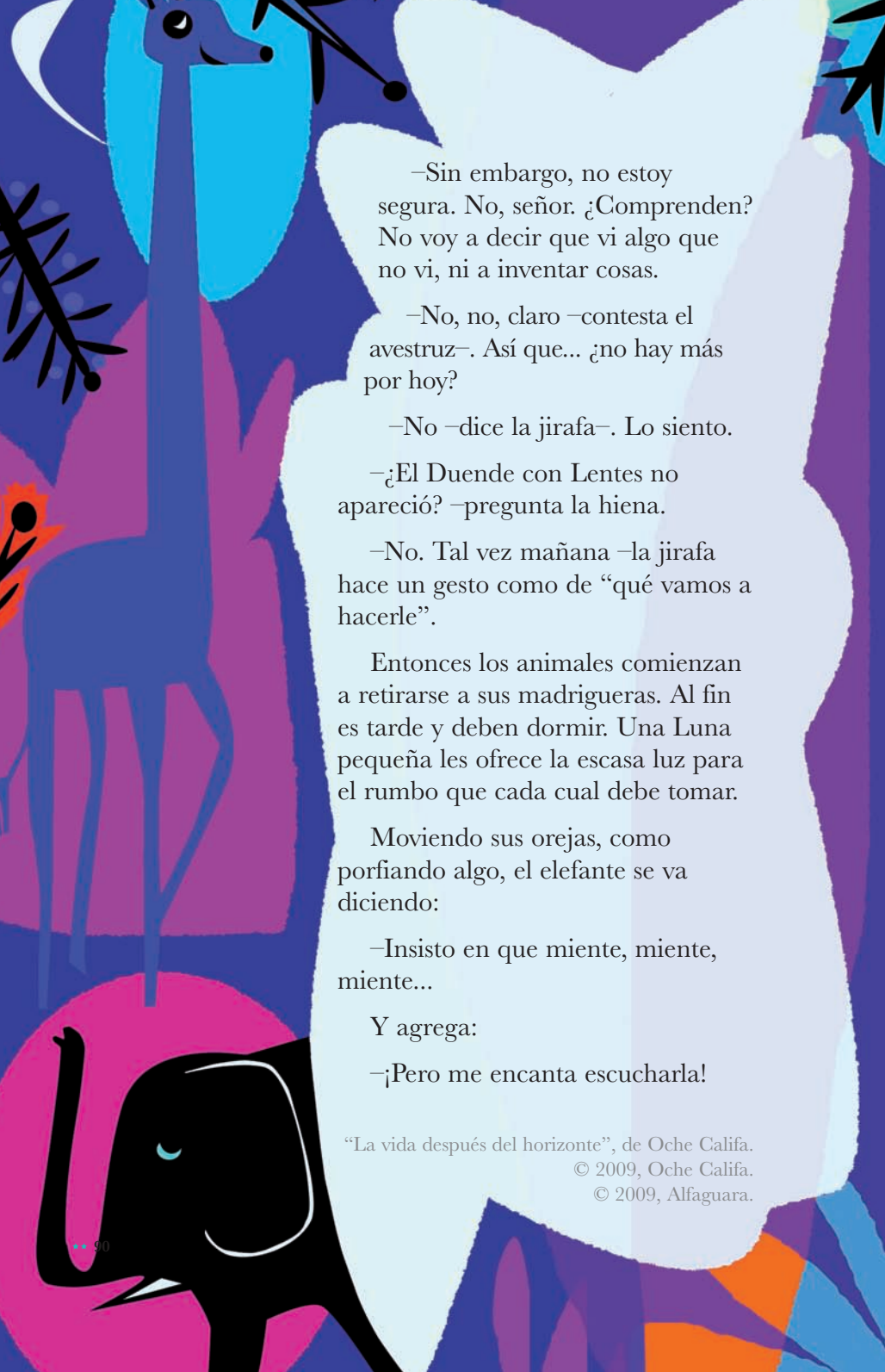
La jirafa calla, cierra los ojos y resopla. Lo hace muchas veces, porque le gusta que le rueguen para que siga contando. Aunque esta vez parece que es en serio.

—¿Entonces, no vio nada más? ¿Está segura? —pregunta el león.

—Bueno —contesta la jirafa—, me pareció que al final la Bruja se posaba sobre la cabeza del Gigante y le daba un beso.

—¡Ohhh..! —vuelven a decir todos. Pero esta vez se ponen contentos.





—Sin embargo, no estoy segura. No, señor. ¿Comprenden? No voy a decir que vi algo que no vi, ni a inventar cosas.

—No, no, claro —contesta el avestruz—. Así que... ¿no hay más por hoy?

—No —dice la jirafa—. Lo siento.

—¿El Duende con Lentes no apareció? —pregunta la hiena.

—No. Tal vez mañana —la jirafa hace un gesto como de “qué vamos a hacerle”.

Entonces los animales comienzan a retirarse a sus madrigueras. Al fin es tarde y deben dormir. Una Luna pequeña les ofrece la escasa luz para el rumbo que cada cual debe tomar.

Moviendo sus orejas, como porfiando algo, el elefante se va diciendo:

—Insisto en que miente, miente, miente...

Y agrega:

—¡Pero me encanta escucharla!

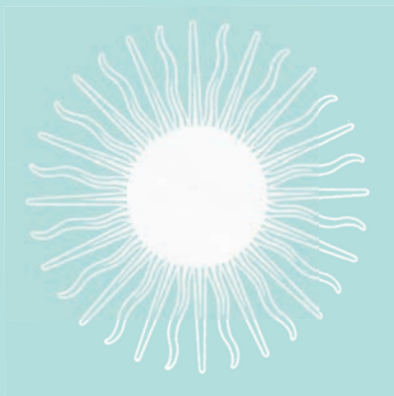
“La vida después del horizonte”, de Oche Califa.

© 2009, Oche Califa.

© 2009, Alfaguara.

LAS BRUJAS QUE
TRABAJAN
EN LOS CUENTOS

★ CECILIA PISOS



CECILIA PISOS

Nació en Buenos Aires en 1965. Es Licenciada y Profesora en Letras de la Universidad de Buenos Aires (UBA). Desarrolló tareas de autoría, coordinación y edición para diversas publicaciones y editoriales, dedicándose especialmente a los libros escolares y a la literatura infantil y juvenil. Es autora de varios libros de poesías y narrativa para niños y niñas, por los que ha sido ganadora del Concurso Internacional de Literatura Infantil “Julio C. Caba” y el premio Destacados de ALIJA 2004.

Entre sus obras figuran: *Un cuento por donde pasa el viento*, *Las brujas sueltas*, *Como sino hubiera que cruzar el mar*.

Atentas a cuando abres
la página en que aparecen,
hacen maldades y trucos
y después se desvanecen.

Brujas que están bien cansadas
de niños indefensos
y de princesas rosadas
y de reyes en sus reinos.





Hartas de hacer sus hechizos
con sapos asquerosientos,
de arruinar todas las frutas
con feos encantamientos.

No soportan a los gatos,
les da vértigo la escoba,
quieren quitarse los granos
y la nariz con joroba.

Odian el negro de sus capas,
en sus noches, en sus dientes:
en el fondo quieren verse
muchachitas blancanieves.

© 2004, Editorial Sudamericana S.A.





ÍNDICE



11

LA PLANTA
DE BAROLO

★ LAURA DEVETACH



19

PÍMPATE

★ BEATRIZ FERRO



27

CELESTINO

★ BEATRIZ FERRO



31

DULCE DE ABEJA

★ SILVIA SCHUJER



37

LOS SUEÑOS DEL SAPO

★ JAVIER VILLAFañE



43

EL SURUBÍ Y EL MAR

★ ADELA BASCH



49

EL CLUB DE LOS PERFECTOS

★ GRACIELA MONTES



59

HABÍA UN PIOJO
EN MI MOCHILA

★ CANELA



63

BAJO EL SOMBRERO
DE JUAN

★ EMA WOLF



69

¿QUIÉN PIDió
UN VASO DE AGUA?

★ JORGE ACCAME



77

COMO SI EL RUIDO
PUDIERA MOLESTAR

★ GUSTAVO ROLDÁN



83

LA VIDA DESPUÉS
DEL HORIZONTE

★ OCHE CALIFA



91

LAS BRUJAS QUE TRABAJAN
EN LOS CUENTOS

★ CECILIA PISOS



Presidencia de la Nación



Ministerio de
Educación
Presidencia de la Nación



200 AÑOS
BICENTENARIO
ARGENTINO

PLAN NACIONAL
DE LECTURA



PROGRAMA EDUCATIVO NACIONAL
PARA EL MEJORAMIENTO DE LA LECTURA

FMG

Fundación Mempo Giardinelli